I BIENAL NACIONAL DE LITERATURA
FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ
NARRATIVA - 2011

MEMORIAS DE LA CARNE

Limber Salazar



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

Memorias de la carne

I Bienal Nacional de Literatura
Félix Armando Núñez
Género Narrativa
GANADOR 2011

1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2026

Memorias de la carne
© Limber Salazar

Diseño de portada
José Gregorio Vásquez

Edición y corrección
Nagdy Guevara

Diagramación
Fabiola Arneaud

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2025
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio.
Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58-212) 485.04.44
www.monteavila.gob.ve

Hecho el depósito de ley
Depósito Legal n.º DC2026000495
ISBN 978980012631-8

Limber Salazar

Memorias de la carne



I Bienal Nacional de Literatura
Félix Armando Núñez

VEREDICTO

[Nota editorial]

La presente publicación corresponde a la obra galardonada en la Bienal Nacional de Literatura Félix Armando Núñez, en su edición 2011. El jurado seleccionador —integrado por Carlos Noguera, Iván Padilla Bravo y Luis Peñalver— decidió otorgar el premio en la categoría Narrativa a Limber Antonio Salazar Ilarraza, por su obra *Memorias de la carne*, en virtud de «la constante presencia de la vida cotidiana como ámbito donde se despliegan historias a un tiempo luidas y apasionantes, la nitidez y la fuerza del lenguaje, la sólida estructura narrativa, la conjunción de temas diversos que no alteran el sentido general del libro y el poder de la palabra para construir imágenes y presentar cosmovisiones».

En aquella oportunidad, la Bienal se enmarcó en la celebración de los 250 años de la fundación de Maturín, organizada por el capítulo Monagas de la Red Nacional de Escritoras y Escritores Socialistas de Venezuela, en conjunto con el Instituto Municipal de Cultura (Inculmat) de la Alcaldía de Maturín y el Gabinete Estatal Monagas del Ministerio de la Cultura.

Tenía razón Buda
La carne es la carne.

GUSTAVO PERERIRA

PRESENTACIÓN

Sobre la carne y sus memorias

Siguiendo el propósito entre irónico y perturbador del título de este libro, su autor, Limber Salazar, además de singularizar la índole de los temas y formas narrativas que lo de inen, lo subtitula como «libro de cuentos», aunque podríamos agregar que existen en él textos más cercanos a lo vivido que a lo imaginado, lo cual introduce en algunos de ellos un elemento autobiográ ico, suerte de guiño cómplice con los lectores.

De allí que me atreva a considerarlos, más allá de la ficción, como aventuras vivenciales cuyos itinerarios bien podrían haber sido impuestos por las circunstancias de una vida itinerante, no pocas veces asombrada, conmovida, sacudida o estremecida frente a los múltiples avatares de su por iada y siempre cambiante realidad.

La necesidad de expresarlas devino del mismo compromiso que hizo posible el imperativo de vivirlas, y cuando no, de imaginarlas. Los misterios de la mente humana viven en permanente diálogo con lo fugaz desconocido, cuando ante el tiempo todo deseo de permanencia resulta vano.

La vida de un autor o autora está presente de algún modo, directa o indirectamente, en buena parte de lo que escribe: especie de sello invisible capaz de refrendar sin sonrojarse lo puramente imaginario. Cuanto vive o ha vivido, cuanto piensa o ha pensado, cuanto sueña o ha soñado, aparece de pronto rememorado como sombra invisible que el poder de la imaginación hace

representar en el proscenio de una eterna comedia —comedia en el sentido dantiano— que en vano busca conjurar el olvido.

En estas llamadas memorias Limber Salazar intenta ir, sin embargo, más allá de todo propósito autobiográfico. Pero si bien no encontramos en ellas relatos que lo identifiquen con algún protagonista o personaje de sus tramas, sospechamos que aun sin proponérselo ciertos pasajes o episodios no son ajenos a sus propias andanzas. Y lo sospechamos porque en ellos una particularidad resalta sobre todas: se viven o afrontan con la adusta serenidad que no excluye la pasión.

Otrora, en tiempos borrascosos, quien escribe estas líneas fue testigo de algunos. En ellos se forjó la inquebrantable amistad que ahora me permite escribir estas líneas para celebrar unas memorias que no son las memorias del amigo porque su título, más allá de cualquier otra revelación, pareciera uno más entre los insinuantes guiños a los lectores, siempre indulgentes ante el talante —y el talento— que es capaz de trepar sobre la vida con las riendas de la autenticidad, la imaginación y el indispensable y siempre invulnerable buen humor.

Gustavo Pereira

La fábula de la alondra

Corrían los tiempos en que no había tierra disponible. Todo era un mar de aguas por doquier y una pálida y húmeda calina cubría el espacio entre el cielo y aquella metálica superficie ondulada por el viento. Los padres de la alondra inevitablemente murieron en el ocaso de sus vidas. Voló y voló la alondra en busca de un sitio para enterrar a sus padres y después de recorrer en vano aquel vasto universo se decidió enterrarlos en su propia cabeza. Después que se retiraron las aguas y aparecieron los escarpados riscos y la abundante y florida vegetación en los valles, la alondra se detuvo en una ramita a meditar sobre el destino que le daría a sus padres. Pensó y pensó moviendo su volátil cabecita mirando hacia el fondo de los barrancos y decidió que definitivamente los dejaría sepultados allí donde naturalmente debían estar abrigados y protegidos del olvido esos recuerdos y emociones. De esa manera sus padres irían con ella adonde los vientos de la vida la llevaran.

El Dr. Verísimo Mérida
(La mente de un suicida)

Cuando finalmente decidí lanzarme al vacío, ya yo sabía todo lo que después iba a suceder. El caso de Jesús Ramón Verde fue para mí un aprendizaje minuciosamente llevado. Llevado a cabo con la doble ventaja de ser él un esquizofrénico con síntomas intermedios entre la paranoia y la depresión moderada. Al mismo tiempo, según actuaran estímulos ambientales favorables, se comportaba como una persona lúcida o como se dice comúnmente, cuerdo. Allí estaba su historia médica, el diagnóstico según los últimos avances en esta materia, el tratamiento apropiado y los progresos de su salud mental. Ni el más avezado policía hubiera podido establecer conexiones de culpabilidad entre mi praxis médica con el desenlace fatal. Y digo fatal porque no había otro final posible una vez desencadenado el grandioso proceso del vuelo. Igual ocurrió con Pragedes García, la hija del diputado, quien debe haber descansado con el trágico suceso ocurrido con la orate. Terrible, conmovedor suceso, pero al fin y al cabo liberador. Todas estas cosas ya se habían decantado en mi mente mucho antes de mi decisión final. Ahora solo me faltaba ejecutar mi evento.

Ya diciembre iba mediando cuando llegué a Los Robles. A Los Robles llegué sin saber cómo, ni quién me hizo el favor. Cuando me desperté comencé a ver todo aquello en el techo y en las paredes sin adivinar dónde estaba. Por la ventana abierta entraba el frío de la

mañana y afuera oía que el viento estrujaba las ramas de un mango que alcanzaba a ver por la ventana. Lo último que recuerdo en mi sano juicio fue que le di un empujón a mi tío Jerónimo, que ni alcancé a ver si se cayó o no. Después me vino una soñadera que cuando me desperté pensé que de verdad había viajado por el mundo porque no sabía dónde estaba. En todo eso estaba pensando cuando se me acercó el Dr. Mérida. Y digo Mérida porque ese era el nombre que tenía en el bolsillo izquierdo de su bata blanca.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó con un tono de voz amable.

Por un momento dudé si responderle, o preguntarle dónde estaba y quién me había traído hasta aquí. Él como que se dio cuenta de mi confusión y sin cambiar de tono me dijo:

—Tu tío Jerónimo te trajo ayer. Estabas desmayado.

—¿Y dónde estoy? ¿Por qué no me llevó para mi casa?

—Este es el Centro de Rehabilitación Mental Los Robles. Aquí los desmayados pasan unos días mientras se les pasa el efecto maligno del alcohol.

—¿Y quién es usted?

—El Dr. Mérida, director del Centro. Y mientras estés aquí, trátame como tu amigo.

Así me recibió el Dr. Mérida y esa fue nuestra primera conversación. Hubiera querido preguntarle otras cosas, pero no me dio chance. Me dio la mano y se despidió dejándome la impresión de haber sido viejos amigos. Su voz me pareció muy familiar.

Ese día vi un programa de televisión sobre el cerebro. Eso fue antes del desayuno. Hacía tiempo que no desayunaba con pizca andina reforzada con huevitos de gallina, de esos que aun las gallinas no han puesto, y aliñada con trocitos de hojas de culantro. No pude menos que recordar mi pueblo, y así comenzó de nuevo la soñadera.

«—Jesús Ramón, pobre no se puede dar el lujo de quedarse bruto, mi hijo, que ni los ricos hacen eso. Tienes que agarrar los libros desde temprano».

«—Dime, tío, de qué fue en verdad que se murió mi mamá. Siempre te lo pregunto y siempre me dices una cosa distinta».

«Yo estaba jugando en el jardín de afuera de la casa cuando vino la gente gritando. Tú venías con ellos. ¿Te acuerdas, tío? El susto que me dio la gritadera y tú que me agarraste por el brazo y me llevaste por el aire a que doña Josefa. Ella de gordota y grandota como era se reía con la boca bien abierta, como si estuviera bostezando. Ahí me agarró por el otro brazo y ustedes comenzaron a dar vueltas y más vueltas hasta que yo por el aire, como un avioncito de juguete, salí volando contra el techo. Menos mal que no estábamos en el jardín porque me hubiera perdido en el cielo. Entonces yo empecé a gritar llorando para que me bajaras y tú lo que hacías era reírte con doña Josefa. Eso se me quedó metido en la cabeza como una puya que me dolía mucho. Yo sabía que doña Josefa se había tragado a mi mamá porque más nunca la volví a ver, si era que alguna vez la había visto».

«Y ahora vienes otra vez a agarrarme. ¡Suéltame, tío!, ¡suéltame!».

—Tranquilo, Jesús Ramón, tranquilo. Estabas soñando. El Sol te está pegando de frente en la cara. Voy a cerrar la cortina y a prender el aire. Aquí estás a salvo. Tranquilo.

De nuevo, con mucho alivio, sentí la mano del doctor en mi hombro, y de nuevo volví a sentir la misma rabia de siempre contra mi tío, y todo porque nunca me quiso decir lo sucedido aquel día en que mi madre desapareció.

—¿Qué estabas soñando? —me preguntó el Dr. Mérida como si me adivinara el sueño.

—Cosas que me ocurrieron cuando era niño, doctor. Cosas de mi mamá y mi tío.

—¿Cometieron pecado?

Entendí que el doctor estaba entendiendo otra cosa y eso me impulsó a contarle la verdad, verdad que yo tampoco sabía, pero parte de la verdad que sí sabía. Me dio cierta rabia que pensara así de mi madre, pero lo perdonaba porque él no llegó a conocerla. Yo tampoco, si a ver vamos, pero sabía que no era así.

—No, doctor, nada de eso. Mi tío Jerónimo se hizo cargo de mí desde que yo estaba muy chiquito. Me dicen que yo estaba cumpliendo cinco años cuando él se hizo cargo de mí. Nunca me dijo de qué murió mi mamá. Solo me dijo que se llamaba Juliana, Juliana Verde. Ni tampoco quién fue mi padre, supuestamente su hermano.

—¿Y tu tío cómo se llama?

—Jerónimo Rojas.

—¿Y tu padre, su hermano?

Me dijo que era Jesús Ramón, como yo, pero Rojas. Y esas son las cosas que me hacen soñar duro, doctor. Que me ponen tieso, sin poderme mover. Y de ahí viene mi rabia. Yo sé que ya él está viejo, que le tengo que agradecer la crianza y los estudios, y lo que ahora soy; que ahora soy yo el que tengo que cuidarlo a él, pero esa rabia no está en mí, doctor.

Seguía acumulando datos valiosos sobre Jesús Ramón. Desde la noche de su ingreso le coloqué un dispositivo electrónico, digamos un chip, para llevarle un registro de algunos signos neurológicos.

Esquizofrenia es un término comúnmente usado para tipificar un conjunto de enfermedades mentales, de desórdenes mentales, pero es tan grande ese espectro que lo podemos comparar con el de las notas musicales, cuyas combinaciones se pueden ir al infinito. Para mí es un término tan genérico que es como decir «frutas». Las distingue de otros frutos, pero nada más. Hace más de cien años que el Dr. Bleuler, a falta de otra denominación más precisa para designar a esa compleja sintomatología, la llamó así, pero hoy se sabe que eso no dice mucho. Es decir, a diferencia de otras patologías orgánicas o funcionales, la esquizofrenia no presenta síntomas precisos, digamos inequívocos. He allí la primera dificultad para el diagnóstico. Y sin diagnóstico, la cura, o atenuación de sus efectos, de darse, pudiera venir por causas fortuitas, igualmente desconocidas, y de nuevo quedamos en el limbo. Recorté parte de mi último trabajo Límites de la medicina académica —de la cual soy un producto— y lo coloqué en la carpeta «Jesús

Ramón», solo para destacar la necesidad de trascender lo orgánico y lo funcional. «La trascendencia de lo humano está en lo espiritual (síquico). Allí terminan las angustias, los deseos y comienza la espiral del ascenso, de lo espiritual puro, la superación de la materia...».

Estas reflexiones me trazaron un nuevo rumbo. Estaba convencido de que la depresión marcaba dos únicos destinos: o el restablecimiento de las conexiones neuronales, y por ende la sanación efectiva, o el suicidio, que a mi manera de ver era otro tipo de sanación. Mi visita de chequeo a los pacientes «estrellas» no seguía un patrón determinado para no establecer ni rutina ni costumbres en ellos. A Jesús Ramón no lo veía desde que le puse una tarea: su hoja de vida.

—Aquí tiene mi hoja de vida, doctor. Le puse —como usted me lo pidió— las cosas que más me perturbaron desde que tuve uso de razón. Le agradezco que esto quede entre usted y yo, porque hay cosas que me dan vergüenza. Nadie más sabe de esto sino yo, y ahora usted. Y se lo digo porque usted me da mucha confianza. Cuando lo lea, me lo regresa para romperlo.

Vi que el Dr. Mérida sacó un lápiz y subrayó algo en la hoja que le había entregado. Momentos después me la devolvió diciéndome «todo está claro». Ahí no supe si era mi letra o mi mal lo que estaba «claro», pero se lo agradecí. También vi que no había nada subrayado.

Cuando se retiró sentí la necesidad de llamarlo para preguntarle cosas, pero me contuve. Así ha venido sucediendo las últimas veces que hemos hablado.

Las últimas veces que hemos hablado he tratado de dejarle dos sensaciones: una, la del suspenso, lo cual le genera la necesidad de seguir conversando sobre sí mismo. La otra, la búsqueda, lo cual le crea la necesidad de saber cada vez más sobre su «mal». Esta herramienta terapéutica coloca al paciente prácticamente en mis manos, por su propia voluntad.

Imprimí la fotografía que le tomé a la hoja de vida de Jesús Ramón para detallar con detenimiento la caligrafía, los hechos relevantes y sus emociones. De igual modo transcribí el registro del «chip» para cotejar datos de algunas perturbaciones en las conexiones de sus neuronas. Hecho esto, fui a ver a Jesús Ramón.

—Ahí abajo está tu tío Jerónimo. Quiere verte. Me preguntó si ya estabas listo para darte de alta. Pero como tú sabes, eso lo decides tú. Si por mí fuera —y tu tío tuviera plata para pagar la terapia— (le dije medio en bromas) pudieras quedarte para estudiar más a fondo tu cuestión. ¿Cómo te has sentido?

—Muy bien, doctor. Puedo decirle que es la primera vez que me siento mejorar de verdad después de esa crisis, como usted dice. Las demás veces me siento con mucho malestar en el corazón y en la cabeza. Mire, doctor, pero por plata no se pare. Yo tengo alguito con qué hacerle frente a estos gastos. ¿Como cuánto será? ¿Será que cincuenta reses y trescientos ovejos que tengo en el Guárico darán para pagarle la terapia? Eso es todo lo que tengo... Pero no tengo vida. Le cambio eso por mi vida, doctor.

Para mí estuvo claro que Jesús Ramón era el paciente estrella que andaba buscando.

—Dígale que todavía no. Pero como él es muy malicioso y va a creer que son cosas suyas, póngamelo para yo decírselo por teléfono. No lo quiero ver, porque me va a hacer recordar a doña Josefa, que con solo escucharlo ya se me acerca esa doña.

Después de que hablé con mi tío sabía que ya no regresaría más nunca con él, ni con más nadie de mi familia. Sentía muchas ganas de hablar con el Dr. Mérida. Quería pintar cosas que veía con mucha claridad en el cielo, o escribirlas, ya que él me había dicho que yo escribía con mucha claridad. Y eso también se lo agradezco a mi tío, que me hostigaba para que escribiera claro, y no con ese garrapatero de letras que ni se sabía lo que decían.

—Mira, Jesús Ramón, lo que te traigo de regalo: chocolates, una libreta, un bolígrafo, un block de dibujos, unos lápices de colores y una acuarela. Haz lo que mejor te provoque. Te mandé a subir una mesita para que estuvieras más cómodo. También te dejo el televisor. Si quieres ver películas, lo único que tienes que hacer es meter este cartucho aquí, en este...

—Sí, doctor, no se preocupe, eso lo sé hacer yo de sobra. Pero dígame una cosa, ¿cómo supo que yo quería hacer eso? No me diga que se lo dijeron las vaquitas del Guárico, porque eso sí no se lo voy a creer.

—No, Jesús Ramón. Los amigos se entienden sin hablarse. (Y para seguir indagando le pregunté) ¿Por qué le trancaste el teléfono a tu tío? Él quería verte.

—Mire, doctor, mi tío es el pasado. Es lo oscuro. Es la sombra. Es mi sombra. Y en mi sombra está todo mi mal condensado. Como un alquitrán. Si yo pudiera lo borraría de mi mente. ¿Usted ve aquella nube que va pasando allá arriba, que se va deshilachando y volviéndose nada? Bueno, allá lo pondría yo para que se desvaneciera en el aire. En aquella nube lo pondría yo, doctor.

Ahora yo quería que el doctor se fuera... y se fue. Este amigo doctor sabe mucho. Eso me agrada. Yo creo que así debió ser mi padre: comprensivo, calmado, cariñoso y sabio. Porque el que sabe lo que otro siente y quiere, es sabio.

«De este lado de la ventana el cielo se estaba poniendo anaranjado, con algunos tintes azulejos y verde agua, como si fuera el mar mismo, que hasta las olas se le distinguían, y por este otro lado, como en un espejo, comenzaron a dejarse ver los mismos matices, pero con nubes blancas entreveradas como lanzas, y todo eso se iba desdoblando y aparecían los hombres, y las mujeres con sus bocas abriéndose para tragarse a los hombres. Esa nube se tragó a mi madre, y también a ese que no conocí, pero que mi tío dice que se llamaba Jesús Ramón, como yo, pero Rojas. Y volteo para este lado y luego para el otro y la cosa se va poniendo igual, y es entonces cuando yo pienso que es verdad, que todo es lo mismo, como dice el rezo «aquí en la tierra como en el cielo». Y esas voces que vienen del cielo... Yo trato de espantarlas con los rezos, con lo poquito que aprendí a rezar, pero se meten por dentro de mí y ahí comienzan mis otras angustias. Porque estoy hablando, y yo sé que no soy yo, pero soy. A veces creo que es la gente, y cuando les veo moviendo la boca sé que

son ellos, y de verdad son. Ahí fue cuando le di una vez un pescozón a mi tocayo José porque lo vi cuando se estaba riendo de mí, y hablaba como si me quisiera morder. Esa fue la primera vez que me angustié. Fue el día de mi cumpleaños, por eso me acuerdo clarito. Cumplía yo los veinte años. A mí me gustaba la novia de mi tocayo y le cantaba canciones con mi guitarra, y ella se reía de gusto, pero desde esa vez ella me hizo la cruz. Quizás el doctor no me vaya a creer que de ahí vienen esas voces que me envuelven y es como si yo mismo hablara. Pero cómo voy yo a hablarme. Como si fuera otra persona, de esas cosas que yo mismo quiero olvidar. Ni que estuviera loco.

«Ya la brisa viene llevándose los últimos colores de la tarde. Van en barajuste y las nubes la ayudan, los arrean como si fueran ganados. Esto me trae a la mente la vez que se derrengó la vaca Florecita, de mi tío, la más lechera. Sería como a esta hora más o menos cuando yo venía con las vacas de ordeño para el corral. Eso fue en el Guárico. Venían ajilaítas unas tras otras y de último venía Florecita. De repente veo que se me atravesó un zorro entre las piernas buscando para morderme. Ahí fue cuando le solté un machetazo por la nuca y vi cuando cayó tendido. Florecita pegó un bramido y se quedó derrengada para siempre. Mi tío no me lo creyó porque no encontró el zorro por ningún lado. Sería que se empató y se fue tío —le dije— como se empatan las culebras».

—Veo que te divertiste anoche, Jesús Ramón, porque encontré el reguero de dibujos y la acuarela que se te acabó. Hasta la mesa la pintaste. Creo que eso fue después que dejaste de escribirme lo que te pedí: tus recuerdos del campo con tu tío. ¿A qué hora te acostaste?

—La verdad es que ni sé, doctor. Lo último que oí fue esa cantadera de los gallos en la cuadra de gallos de pelea de mi tío. De ahí no supe más nada. Creo que la pastillita que usted me dio, me dio sueño. Pero... ahora sí sé lo que le pasó a mi mamá.

—¿Y qué le pasó?

—Que se la tragó doña Josefa, la nube gordota.

—Sí, eso creo yo también. Mira, para que descanses un poco después del desayuno, te voy a dejar enchufada esta película. Yo vengo en la tarde para que cenemos juntos. Ahí hablaremos de esas cosas. Los dibujos quedaron muy bien, y «tus recuerdos» son como los videos, en colores.

Ya el Centro de Rehabilitación va a cumplir veinticinco años. Este diciembre los cumplirá. Voy a romper mi propio récord. Estoy seguro.

Tan seguro como cuando elaboré el proyecto de tesis. Sabía que por aquí era la cuestión.

Pero también sabía el riesgo que corría si me pescaban in fraganti en la aplicación de métodos «no ortodoxos» para la rehabilitación mental. Esto me obligó a ser más acucioso en mis investigaciones. De hecho, más de la mitad de los aportes que sustentaron «esos novedosos» planteamientos en mi tesis doctoral han pasado al cesto de la basura. Ahora recuerdo con cierta ironía las felicitaciones de mis profesores y mi orgullo por los veinte puntos, y la publicación del trabajo en The American Journal of Psychiatry. Hoy puedo afirmar con mucho fundamento que, si no hubiera tantos prejuicios religiosos, éticos morales que impiden la investigación libre y audaz

sobre los seres humanos, otra fuera la situación con las patologías del cerebro, que es en verdad el órgano donde se generan todas las demás enfermedades del cuerpo.

Jesús Ramón será el paciente seleccionado número veintiséis y Pragedes, el número trece.

—¿Qué te pareció la película?

—Bien interesante. No sabía que el cerebro fuera el centro del mundo, doctor. Mientras la veía me imaginaba a mí mismo haciendo cosas, volando, que en cierto modo no están tan alejadas de mis sueños. De mis verdaderos sueños.

—Así es, Jesús Ramón. Pero te voy a simplificar la cosa de este modo: Tú conoces este edificio y has estado en mi oficina, y hasta me has ayudado a reparar ciertas conexiones aquí. Bien. Este edificio tiene un cuerpo, que es el edificio en sí. Por dentro van las venas que llevan agua para arriba y para abajo y para todas partes donde tú quieras. Tiene aires acondicionados, ventiladores, puertas, ventanas y otros orificios por donde respira ese cuerpo. La cocina, donde se preparan los alimentos. Arriba está mi oficina, mis computadoras, que son las que se encargan de ordenar y controlar todo lo que pasa en este edificio. Es, por así decirlo, el cerebro. Y, finalmente, hay un sistema eléctrico que conecta todas las partes del edificio. Ese sistema conecta y pone en funcionamiento a las demás cosas que te he mencionado. Tú, que eres electricista, dime: ¿Qué le pasaría a este bombillo si este cablecito estuviera pelado y tocara a este otro que va aquí al lado, que también estuviera pelado?

—Se quemaría, doctor. Un cortocircuito.

—¿Y pudieras tú hacer que este bombillo prendiera de nuevo?

—Nunca, Doctor. Hay que reemplazarlo por otro y ponerle teipe a los cables.

—Pues bien, eso es lo que ocurre con las células del cerebro —como las viste en la película— cuando se produce un cortocircuito en alguna de sus ramificaciones. En el edificio es fácil detectarlo y reemplazar el bombillo, pero... ¿en el cerebro?

—Es más difícil, doctor.

—Ahora imagínate, si ese cortocircuito está generando perturbaciones en mis computadoras, ¿podría yo tener el control de lo demás?

—Supongo que no, doctor. Tendrá que botarlas y comprarse otras, si es que no consiguiera un técnico capaz de arreglarlas.

—Sí. Así es. Hay algunas fallas en las computadoras del cerebro, Jesús Ramón, que todavía no se les conoce remedio. Pero de esas cosas hablaremos mañana, después que veas esta otra película que te voy a dejar aquí.

—¿Y usted es técnico de esas computadoras, doctor?

—Ya te contaré.

Revisé cuidadosamente, una vez más, los datos que aportaban los *chips* colocados en Jesús Ramón y en Pragedes. Les reajusté —por tercera vez— las dosis personalizadas de sus fármacos y de sus dietas. Sabía que estaba a punto de detectar algunas diferencias claves

(entre estos pacientes) en cuanto a las respuestas de sus genes codificadores de señales, que se correspondían, por supuesto, con sus conductas ante los eventos desencadenadores de sus crisis. Algunas personas (para no decir esquizofrénicos) no ven las señales y se van en contra vía directo al desastre. Pueden causar o causarse cualquier daño y sentirse inocentes, y en el fondo lo son. Por lo general focalizan a un culpable en quien descargan sus frustraciones y rabias. Cuando vuelven a la normalidad sienten algún remordimiento de *conciencia,* pero luego, la historia vuelve a repetirse. No es cuestión de olvido. Es que no ven las señales, y no las ven, sencillamente porque para ellos no las hay. No tienen en sus cerebros quienes las fabriquen. Y ahí está la clave madre de las demás claves, y paradójicamente, allí también está la madre de las dificultades: localizar esos dos o tres minipunticos entre millones idénticos. Es en esta encrucijada donde estoy parado. Sé por experiencia que no hay más de dos opciones. Ahora me falta cotejar toda esta información con sus respuestas corporales, anímicas y orales. El juego entró pues, en su fase final.

Pragedes había ingresado un mes antes que Jesús Ramón, pero con este había avanzado más rápido hasta emparejarlos. Las secuencias las llevaba en paralelo porque en el fondo no había muchas diferencias metodológicas, aunque sí, en los tratamientos. En el Centro, la rutina en las visitas de los familiares constituía un episodio de alegría para los pacientes, y de interés para mis observaciones. En el laboratorio tenía una sección para el análisis de estos videos. Ellos me permitían tener una visión panorámica de sus conductas en grupos y sobre todo de su evolución (de ambos: pacientes y

familiares); pero al mismo tiempo yo aprovechaba estos eventos para hablar con uno que otro de los visitantes, en busca de alguna información complementaria.

Fue así como comprendí que el diputado García sufría horrores con el caso de su hija. La había llevado a tratamientos en otros países. Había gastado una fortuna y no veía progreso alguno. Mejoraba mientras estaba bajo control, y a veces bajo estricto control, pero luego recaía con más violencia cada vez. Sus relaciones familiares se habían ido al mismo infierno y era evidente su deterioro político en el país. Ese día 15 de junio —por cierto, cumpleaños de Pragedes— me preguntó, evidentemente perturbado que si su hija tenía remedio, que no fuera a interpretarlo mal, que él la quería mucho, «qué no estaría yo dispuesto a hacer por ella, doctor, pero dígame sinceramente, ¿mi hija tiene salvación?».

Al Centro ingresaban anualmente de cuarenta a cincuenta pacientes. Su capacidad total era para veinticinco hombres en la planta alta e igual número de mujeres en la planta baja. La demanda del servicio de rehabilitación superaba cuatro veces esa disponibilidad, pero pocas veces la copábamos al cien por ciento. Siempre había que dejar unos puestos para solicitudes muy especiales. La del diputado fue una de esas. No hay diferencias en las tarifas ni en el tratamiento para estos casos. Lo especial estaba determinado por eso mismo, por lo especial del caso. Y en este caso, la investigación sobre las respuestas complejas y múltiples, o disfuncionales, del cerebro ante estímulos igualmente complejos, era la prioridad del Centro.

Los Robles ocupa la parte este del pueblo del mismo nombre en las afueras de la capital del país. Grandes árboles lo circundan con un sotobosque de cafetos y en menor cuantía con plantas de cacao, lo cual le confiere un atractivo paisajístico especial y un eterno clima de primavera. Las ardillas y los monos son tan abundantes y domésticos que más bien pareciera un zoológico abierto. Pájaros de los más disímiles trinos, colores y tamaños anticipan las luces del amanecer y despiden los últimos colores de la tarde con su infalible concierto. Pareciera ser siempre el mismo concierto. Pero un experto me aseguró que nunca uno es igual a otro.

Una cerca de ciclón separa la infraestructura del Centro de ese ambiente natural. Las mujeres reciben su terapia en la planta baja del edificio y por una puerta tienen acceso directo a la piscina ubicada al fondo del terreno.

Los hombres bajan las escaleras y atravesando una puerta contigua a la de las mujeres, también acceden a la piscina. Las mujeres y los hombres seleccionados reciben su terapia de piscina una vez por semana. Comenzando la semana van las mujeres y finalizándola, los hombres.

El espacio de la piscina está especialmente diseñado para que cumpla a cabalidad con su rol terapéutico y es el sitio más deseado por los pacientes. «La piscinada» se ha convertido en un premio de la vida para ellos. Hay pacientes que han manifestado su deseo de quedarse aquí para siempre. Otros, en cambio, han expresado su voluntad de regresar a sus hogares para ayudar a sus familias a vivir mejor. Que han comprendido su falla. Que lo que era, era que ellos estaban cansados de no comprender nada. Que ya han hablado de eso con sus

familiares durante las visitas y que ahora solo faltaba mi consentimiento para que yo los ayudara en sus casas. Estas cosas y mis avances específicos en desenredar esa madeja con algunos circuitos quemados, que es el cerebro de los pacientes, me hacen pensar y volver a pensar y volar... volar lejos y profundo... al mismo tiempo distingo con bastante claridad las dificultades que tiene la gente de escasos recursos para vivir mejor. Y no es que sea necesario tener un cajón de dinero para vivir mejor. Claro, una familia con algunos recursos adicionales pudiera resolver su problema familiar, que en verdad no lo resuelve. Ahí —como dijera el poeta— «La brasa duerme bajo la ceniza». Porque es que la salud mental no es solo un problema familiar, ni de los pobres particularmente. Es más, los países ricos, bien desarrollados y cultos, del primer mundo, como ellos mismos se asumen, van punteando en las estadísticas por suicidios. Y digo suicidio, porque este es uno de los indicadores más prominentes para calibrar el estatus de salud mental de la gente. Esto no es un juego de niños, ni se puede esconder al loco en un cuarto. No se puede tapar el sol con un dedo. Valga decir que, en el mundo, cada tres segundos ocurre un suicidio efectivo y otros veinte más intentos fallidos. Esta cifra dobla con creces los muertos por guerras y otras bellaquerías de las naciones civilizadas contra los pobres del mundo, que ya es mucho decir. En todo esto medito y medito y no dejo de meditar. Y pensar que los locos son tan inteligentes y tienen tanta fuerza que son como un río caudaloso y crecido, que ni ellos ni nadie saben qué hacer con esa riqueza. Será por eso también que se desquician, que sus bondades, cansadas de no tener salida, pasan a ser lo contrario,

y se vuelven destructivas, para sí y para la sociedad. Y no es que no tengan salidas esos dones, porque salidas tienen, pero sin rutas claras. Por eso se convierten en factores desencadenantes del desequilibrio. Yo prefiero usar este término, desequilibrio, más que locura, porque en efecto, lo que se produce es un no equilibrio entre la inteligencia y el afecto, incluido el propio, lo cual baja un suiche en un punto determinado del cerebro y el flujo energético se va hacia la depresión. Es ahí donde se genera y repotencia una gran fuerza destructiva hacia el entorno más cercano a la persona y hacia sí misma. En todo esto medito y sigo meditando y sigo meditando... pero regresemos al Centro.

El personal médico de apoyo está constituido por seis enfermeras y seis enfermeros, especialmente capacitados para darles atención integral a los pacientes del Centro.

Todo este andamiaje estaba en el proyecto original de la tesis. Casi nada ha cambiado. Solo que antes estaba en el papel y ahora está funcionando.

La soledad, la carencia de afectos y la inmovilidad son factores coadyuvantes de la depresión. Así lo escribí en la tesis hace veintisiete años. La piscina, como parte de una terapia programada, resultó ser un espacio magnífico para las relaciones humanas en la restitución del equilibrio emocional e intelectual de las personas. Así lo he constatado en los últimos veinticuatro años. Caminando y pensando fui a ver a Jesús Ramón.

—Doctor, pensé que usted estaría con nosotros en la piscina este fin de semana. Bueno, más que pensar, lo deseaba. Pasa que cuando uno tiene cosas pendientes en

la cabeza, se le atraviesan en las cosas que uno tiene en el corazón sin que uno lo quiera.

—Bueno, de eso quería hablarte precisamente. Este fin de semana estuve revisando tus computadoras para ver qué veía. ¿Tú viste la película que te dejé?

—Sí que la vi, y quiero volverla a ver —me dijo con un vivo interés—. ¿Pero qué fue lo que usted vio en mis computadoras?

—Vi varios asuntos interesantes. Pero antes, dime una cosa: ¿a ti te gustaría parecerte a mí?

—¿Cómo se le ocurre, doctor? Hasta se me heló la sangre en el cuerpo con su pregunta. ¡Usted para mí es un sabio, un doctor sabio!

—Sí. Porque he estudiado más, sé más que tú de cosas que aún no has estudiado. Pero dime, ¿acaso sé tocar la guitarra más que tú?

—No lo creo, y me perdona que me sonría, pero en el cumpleaños de Pragedes yo le saqué una ventajita. Pero eso es nada, doctor. Para eso no se necesita saber para saber. Pero lo del cerebro... eso va por dentro, ¿y quién puede verlo? Quien puede ver por dentro es para mí un sabio. Ajá, pero lo interrumpí. ¿Qué me iba usted a decir?

—Primero lo de la guitarra. Si tú ves dos guitarras y una está desafinada, ¿por tan solo eso podrías tú decir que no se parecen?

—No. Sí se parecen. Al rompe lo veo. Pero la calidad... La calidad es otra cosa.

—¿Y si yo te digo que ambas fueron hechas por el mismo maestro, con madera del mismo palo?

—La cosa se me facilita. Pero todavía tengo una duda, porque el hombre no va a tener el mismo pulso un día que otro. Algún detallito se le va, doctor. Y se lo digo porque yo además soy soldador. Electricista soldador. Nunca un punto queda igual a otro, aunque uno no respire, y si respira, menos que menos.

—Muy bien, Jesús Ramón. Para empezar, yo también me llamo Ramón.

—¿Ramón?

—Ramón.

—¿Y no es Verísimo, como oí que lo llamaba aquel doctor que lo visitó la semana pasada y que se rio mucho con usted?

—No, Jesús Ramón. Eso viene de cuando éramos estudiantes. Resulta que yo contestaba a todas las preguntas que hacían los profesores, y como me di cuenta de que eso le caía muy chocante a los compañeros, dejé de responder. Me quedé callado como por dos semanas seguidas hasta que un día, el más estricto de los profesores preguntó: «¿Cuál es el ion que media en los procesos tales y cuales para la producción de esto y aquello dentro de los genes?» Silencio total. Y el profesor se daba aquel aire caminando frente a todos y nada. Silencio total. Ahí fue cuando se me quedó mirando y me dijo: «A ver, tú, que hace tiempo que no abres la boca». «El calcio», le dije y me senté. «¡Eso es verísimo, Mérida! ¿Cómo lo supiste?». No tuve nada que decirle, porque la guachafita en el aula fue total. Desde entonces que no me pude quitar ese mote.

—Pero le queda bien, doctor, porque es verdad.

¿Sabrá Jesús Ramón lo que me está diciendo? ¿O qué será lo que me quiere decir? Pero luego de un compás continué mi labor:

—Volviendo al caso, fíjate, Jesús Ramón: tú y yo somos hechos por el mismo Maestro. Del mismo barro, que es como decir del mismo palo. Con las mismas partes visibles e invisibles. Los dos nacimos, crecimos, aprendimos cosas y, finalmente, los dos vamos a morir. ¿Será, tocayo, que no somos parecidos? (Lo de tocayo llevaba piquete: reforzar nuestra identidad).

—De a metra que somos parecidos, doctor. Lo que pasa es que usted es sabio y yo casi un analfabeta al lado suyo.

—¿Y dónde crees tú que está la sabiduría, en el cuerpo, quiero decir, en el cerebro o en el espíritu?

—Ahora sí fue que usted me dejó flay, doctor. ¿Se da usted cuenta dónde está la diferencia?

—Sí. Esa es una diferencia, y grande. Pero como ya te dije, eso es porque he estudiado esas cosas y tú no. Pero cuando los dos estemos muertos... ¿Habrá alguna diferencia?

—¡Ninguna! Ahí sí que vamos a estar cacha a cacha, doctor. A menos que uno de los dos quede en pena.

—Tú lo has dicho con mucha claridad, y las almas en pena son las que no se han podido liberar del cuerpo que las albergó durante su vida. Pero si esto te interesa, lo vamos a conversar después. Ahora volvamos al caso que veníamos tratando.

—La primera vez... la primera vez... ¡Mmm! Creo que fue cuando cumplí cinco años. Sí. Así fue. Cuando cumplí cinco años.

A pesar de la camaradería que se había establecido entre nosotros dos y del amortiguador suministrado, le noté un ligero cambio en la luz de sus ojos. Son las señales de alarma. Las esperaba, y sin darle tiempo al vuelo de su mente le dije:

—Ah, sí. Ya me lo habías dicho. Fíjate que lo había pasado por alto.

—Hay cosas que a mí me dan mucha vergüenza, doctor, y no sé, pero se me atraviesa la vergüenza en los ojos y se me va directo al corazón. Yo siento que me pongo helado y no sé si darle un tanganazo al que me avergüenza o salir corriendo a llorar a otro lado, porque llorar también me da vergüenza. Con usted también me da vergüenza, pero con usted es otra cosa. Con usted me dan ganas de llorar, pero por dentro, sin que usted me vea, como un sentimiento que me mueve los labios. Y mire usted, que la otra vez le iba a preguntar de estas cosas, sin que estuviéramos hablando de estas cosas que ahora estamos hablando... Sí, doctor. Fue a los cinco años.

Más apropiado y mejor no pudo estar su desahogo, pero como los efectos de la vergüenza iban a ser recurrentes, decidí abordar este asunto de una vez. Hay que despejar el camino para tener las opciones de la encrucijada despejadas.

—La vergüenza es como una llaguita, Jesús Ramón, pero por más que uno quiera ocultarla, siempre se ve. Y mientras más uno la esconda, más grande se le ve.

Tú que vienes del campo, quizás te habrás fijado que cuando hay una gallina con una peladurita en la cabeza vienen las otras y la pican hasta volverla loca, y a veces hasta la matan. Las personas son como esas gallinas, picadoras. Esa llaguita no se cura con penicilina, porque uno la lleva por dentro, en el orgullo, y lo que produjo esa quemadura fue un cortocircuito. Subió el voltaje más allá de lo que pudo resistir la conexión y se quemó. ¿Y vamos a sentir vergüenza por eso? Bueno, si nos hacen creer que nosotros fuimos los culpables y agarran como las gallinas a picarnos por allí, terminamos volviéndonos locos. La vergüenza, como todas las respuestas del cerebro, hay que analizarlas como quien revisa un circuito eléctrico para detectar una falla: con mucho cuidado y probando con el teste.

—Menos mal que usted también es técnico, doctor. Ahora sí le voy a contar la verdad. A los cinco años supe que mi mamá no era mi mamá. Fue en la fiesta de mi cumpleaños. Imagínese lo bonito que estaba eso. Nunca había visto tantos colores ni tantos juguetes juntos: bambalinas en los árboles, serpentinas, papelillos, gelatinas, dos tortas, caramelos de varias clases, chupetas, refrescos, cinco papagayos, trompos, perinolas, una caja de lápices para dibujar, una caja de acuarela, carritos, metras, y todo eso sin contar lo que tenía la piñata adentro, que me decían que traía una sorpresa para mí. Yo estaba vestido con traje de hombrecito, con corbata y todo, de lo más bonito, y me tomaban fotos a cada rato, sobre todo con mi mamá y con mi tío Jerónimo, porque había otros tíos que ni se daban cuenta de que yo estaba cumpliendo años, solo bebían y conversaban por allá, pero yo estaba de lo más feliz con todos mis amiguitos y amiguitas del

kínder, porque eso coincidió con mi graduación del kínder y mi pase al primer grado de la escuela primaria. Mi maestra le decía a mi mamá que yo era muy inteligente, y eso me daba mucha alegría. En eso se me acercó un señor, de la familia creo yo que era, que había estado viviendo con nosotros en esos días anteriores a la fiesta y me dijo: «Mira, Jesús, ya tú eres un hombrecito y sé que vas a entender bien lo que te voy a decir». Ya ahí se me apretó el estómago, me asusté mucho y más bien quise irme, pero él me agarró por el brazo y continuó: «Te digo que hoy estamos todos felices por ti, todos te queremos mucho, y en especial doña Josefa. Ahora que tú también estás feliz es el mejor momento para decirte, y sé que lo comprenderás, que debes agradecerle mucho a doña Josefa por haberte traído con ella desde el mismo día en que naciste. Tu madre se murió pariendo»... Eso fue lo último que le oí decir a ese señor, pero ya su mano me apretaba tan duro el brazo que ese dolor se me fue para el cerebro. Ahí empecé con esos sueños que más nunca me han dejado en paz. Mucho voltaje, doctor, mucho voltaje. Ahora lo comprendo.

—Sí. Eso lo vi en tus computadoras. La quemadura, no las cosas que te quemaron las conexiones. Pero vamos a revisar el circuito, como te dije, con tranquilidad. Mira. Tu mamá se murió pariéndote. Otra mujer vino y te recibió en sus brazos para que no te fuera a pasar nada malo, ya que tú no podías hacer nada por ti mismo. Fuiste creciendo como los demás niños, pero con una historia enterrada. Cuando naciste, nada sabías de eso, claro, porque nada de eso podías saber cuando naciste. Nada te faltó: alimentos para el cuerpo, que son las comidas, y alimentos para el alma, que son los afectos.

Eso lo tuviste. Pero en un momento dado te llegó un voltaje demasiado alto para tus resistencias, y ese fue el momento en que tú estaba más desprevenido, cuando estabas feliz, porque cuando uno está feliz está muy vulnerable, indefenso. Y el bombillo que se te quemó está ubicado justamente donde nacen las emociones. Es decir, ahí se te quedó un breque bajado, y como no se podía —todavía— bajar el breque principal, la corriente siguió fluyendo por otras conexiones del cerebro, pero van sin señalamientos precisos.

Como vi que el impacto en Jesús Ramón iba en aumento, opté por darle un respiro, un refresque, pero sobre todo para volverle a colocar el teste. Le cambié el tercio —como les hacen a los toreros— y me lo llevé para mi oficina:

—¿Recuerdas, Jesús Ramón, los equipos que viste en mi oficina? Esos son de tercera generación. Ellos tienen algo básico de los primeros, pero una vez que salen al mercado vienen completos y en su total capacidad para funcionar sin necesidad de hacer referencia a sus anteriores. En ese sentido, yo soy de cuarta generación. Es decir, conocí desde mi bisabuelo para acá. Por cierto, cuando estaba revisando tus computadoras (recuerda que te dije que tenía las mías conectadas en paralelo con las tuyas) me detecté un cortocircuito en una pequeña conexión que no había visto antes. Me dio curiosidad —que es uno de los primeros reflejos que aparecen en el ser humano— y me fui a los equipos anteriores. No la vi en mi bisabuelo, ni en mi padre, pero en mi abuelo sí, clarito apareció. Más clarito que en el mío. Eso me dio mucha risa porque me aclaró una duda, una confusión,

más que una duda. Y esa es otra cualidad de los humanos, Jesús Ramón, que se alegran con cualquier tontería, sobre todo cuando encuentran lo que andan buscando. Bueno, fíjate, tú conoces las bujías Champion, que traen un código, digamos el NY—12.

—Ah, sí, doctor, pero las hay pata larga y pata corta, con el mismo número, dependiendo del motor.

—Ok. Esas son. Bueno, la falla que le detecté a mi abuelo fue como si dijéramos en una bujía con el código SYN2. Ahí estaba la cosa. Mi padre no la tenía, pero yo sí. Y lo más sorprendente es que el chispazo del cortocircuito yo lo tengo pegadito a esa bujía, pero antes de ella. Es decir, se quemó allí una conexión, pero la corriente buscó por donde seguir corriendo. Allí se formó en el cuerpo esa «bujía», pero igual que en tu caso, la corriente siguió pasando, pero sin ningún tipo de señalamiento. No era que no les hacía caso a las señales, era que no las veía. Imagínate eso, que si uno no está todo el tiempo alerta, puede chocar de frente con otro que venga por su derecha, normal, pues.

—¿O sea, doctor, que usted cree en verdad, que usted y yo somos iguales?

—Te lo voy a decir con una expresión que una vez le oí a un poeta: «Somos tan diferentes como dos gotas de agua idénticamente iguales». En otras palabras: somos y no somos.

«Ahora sí percibí que cuadró el caballo, como se diría en el argot hípico. Solo falta el campanazo de partida en esta última carrera. Siempre el despegue y el aterrizaje del avión requieren la mayor destreza y cuidados del

piloto. En este caso, hace rato que ya estamos en pleno vuelo. Muy pronto aparecerán las señales para la llegada. Ya han aterrizado veinticinco. Con Jesús Ramón serán veintiséis. Pero ¿cómo será Jesús Ramón?

—Y esa bujía que usted tiene, doctor, ¿puede hacerlo chocar aun estando alerta?

—En general no. Pero existe esa probabilidad, porque en algunas circunstancias extremas —y a veces no tan extremas—, una persona puede realizar actos fuera de su voluntad y lo que es más grave, al margen de su conciencia.

—O sea que, según eso, ¿una persona se puede suicidar queriendo o sin querer?

De nada de lo conversado se podía inferir eso, pero en mi mente eso estaba presente para introducirlo, no como un ejemplo, sino como tema central. Hay quienes se dedican a la investigación de las comunicaciones telepáticas, e incluso de «la captación de información o conocimientos que flotan en la atmósfera», como si se tratara de una subconsciencia del género humano. Es una hipótesis interesante, pero en mi caso solo se trata de despejar el camino mediante la lógica y la información para que las personas que quieran aclarar su adivinanza, lo hagan con la menor aprehensión o sufrimientos posibles. Cualquiera pudiera pensar que los induzco. Nada que ver. Si acaso, estaría más cerca —filosóficamente— de Esculapio que de Hipócrates.

—Ambas cosas ocurren, Jesús Ramón, que una persona se suicide queriendo o sin querer; y otras variantes más. Hay seres atormentados que no saben si

quieren morirse o no, pero cualquiera de las dos cosas, literalmente los descuartiza. Solo que la muerte los libera de ese infierno. Lo triste es que ellos no lo saben y quizás nunca llegarán a saberlo. Esas son las almas en pena, como dices tú.

— ¿Y si a usted se le ofrece, lo haría?

—No «lo haría». Lo haré. Lo haré tan pronto concluya los trabajos que estoy haciendo.

—¿No le da miedo? ¿Quién se quedaría con sus equipos tan valiosos?

—No. Miedo no. Será el momento más feliz después de mi nacimiento, con la diferencia que no supe ni me alegré cuando nací. Hay quienes afirman que sí, que uno se alegra cuando nace, aunque llore, pero yo no tengo registros que lo confirmen, por eso digo que no lo sé. Y en cuanto a los equipos, eso es algo material. Alguien los usará. La materia le resta libertad al espíritu y al alma. Por eso, al concluir aquí nuestra misión, debemos volver al reino de lo puro, donde está Dios.

—¿Y cómo puedo yo saber cuando llegue mi momento, si es que es por ahí la cosa?

—Lo sabrás, lo sabrás, si es que es por ahí la cosa. Pero primero tienes que arreglar tus cosas, que si a ver vamos no son más que dos o tres: hacer las paces con tus seres queridos, aunque ahora no los quieras, y contigo mismo. Luego saber qué tipo de espíritu tú eres y no involucrar a nadie en tu decisión final. Hay quienes escogen para eso el día de su cumpleaños, «para que no se queden días de vida sueltos». Yo creo que eso es lo de menos, porque la edad del cielo no se mide en años.

—Usted me dijo que tenía tres cortocircuitos ¿Dónde tengo los otros?

—Son cortos menores y dependen del primero. Cuando se te quemó el primero, los otros dos se quedaron automáticamente sin corriente.

—O sea, que no se quemaron.

—No. No se quemaron, solo que no les llega corriente.

—Entiendo... entiendo... y muy bien. Muchas gracias, doctor. ¿Se da cuenta de que usted es sabio?

Caía la tarde sobre Los Robles. Con aquel viento de aguas que volteaba las hojas de los bucares y regaba de pétalos rojos a los cafetales se fueron huyendo apresuradamente las últimas luces del día. Un relámpago en el sureste del cielo anunciaba el aguacero. Con un tiempo así, las almas se recogen. Eso me pareció muy apropiado para la reflexión. La jornada con Jesús Ramón había sido intensa y provechosa. «Entiendo... entiendo... y muy bien» sus «gracias» las sentí profundas. No eran un cumplido. Ahora solo había que cuidar los detalles finales.

Ya su tío Jerónimo me había relatado el episodio del sicólogo contratado para darle la «noticia» a Jesús Ramón y, posteriormente, suministrarle la terapia niveladora. Lo vi que no podía con aquella frustración encima y, entrecortado por el llanto contenido durante muchos años, me preguntaba: «¿algún día Jesús Ramón nos perdonará, doctor? Doña Josefa murió en medio de una larga agonía y le preguntaba al cura '¿qué mal he hecho, padre? ¿Qué pecado tan grande es ese de adoptar a una criatura?'. 'Ninguno, hija, ese es un acto de amor. Pero ya que Dios no quiso darte un hijo, mejor te hubieras

conformado'. Y más duro lloraba y sufría doña Josefa, doctor. Murió atormentada. Yo voy por el mismo camino. Ruego a Dios y a usted para que Jesús Ramón se recupere. No quiero morir en este infierno. Solo Jesús Ramón puede salvarme de las llamas, doctor».

Ciertamente es un infierno. Y es muy triste y da dolor ver a un viejo encorvado, con la cara torcida y sacudido por el llanto rogándole a uno por un milagro. Esas lesiones neuronales que alguna vez llamaron esquizofrenia no tienen, hasta ahora, reparación.

Esa noche se desplomó un torrencial aguacero como para lavarle las penas a todos en este valle de lágrimas. Adentro se hizo un silencio profundo y afuera se oía la lluvia en el bosque, como un río. De vez en cuando el viento le tiraba unos cuerazos de agua a los vidrios de las ventanas que lo despabilaban a uno.

Noche de reflexión y de espantos. La gente le tiene mucho miedo a lo inevitable y al dolor, pero creen que lo mejor es escamotearlos y nunca asumirlos como una vía de sanación real.

Ahora las cosas con Pragedes habían avanzado un poco más que con Jesús Ramón. Ya se había definido la naturaleza de su espíritu. Estaba bien tranquila. Sus niveles de estrógeno, que más bien parecían los de una adulta mayor, habían alcanzado la normalidad. Había sido capaz de recorrer todo su trauma despojándose de resentimientos y rencores. Entendió que era materialmente imposible que su padre le prestara atención las veinticuatro horas del día, así como tampoco, evitar que su tío le hiciera lo que le hizo. Sobre todo, en las

circunstancias en las cuales ocurrieron los hechos. Pero también llegó a la conclusión de que la vida con su padre, ni con más nadie, era ya posible. ¿Quién traza el camino que los seres humanos hemos de recorrer? Nos compete más bien asumirlo con agrado y, además, agradecidos. Para eso se necesita, más que información científica, que nunca estará demás, «amar y temer a Dios».

Esa tarde —mi última conversación con Pragedes— analizamos el miedo al agua. Más concretamente, el miedo a morir ahogados. Estábamos en la piscina y le pedí a la instructora que nos dejara solos. Ya la enfermera sabía de qué se trataba. No era esta la primera vez (en sus diez años de servicios profesionales) que le hacía esa petición. Despejado totalmente el camino, nos paramos en la encrucijada. Ya ella había cumplido sus treinta y dos años, de los cuales los últimos veinticinco habían sido en el infierno, para ella y para toda su familia.

—¿Cuánto tiempo crees tú, le dije, que puedes aguantar bajo del agua sin respirar?

—Nada, doctor, me da pánico. Me desespero con tan solo pensarlo. Fíjese que por eso no he podido aprender a nadar aquí, a pesar del esfuerzo que hace la instructora.

—Eso te favorece. ¡Qué paradoja! Tu espíritu, como ya lo sabes, es del agua. En las profundidades se forjó y a las profundidades tendrá que regresar. Allí él encontrará su reino. La paz que se le ha negado durante tu estadía aquí en la tierra. ¡Y tú no sabes nadar y te da pavor si tus pies no sienten el piso firme! Dime una cosa: ¿tienes todavía alguna duda?

—Sí. No sé si pueda vencer ese miedo que le tengo al agua.

—Ese mismo miedo que le tienes hará que tus computadoras se desconecten totalmente en menos de quince segundos. A partir de allí no sentirás más que alivio, porque tu alma saldrá en los tres segundos que siguen al desconecte y de allí en adelante serás libre, infinitamente libre. Ya verás el mundo que te espera. Ese también es el reino de Dios.

No estuve en el Centro cuando el diputado vino por su hija, pero le había dejado toda la documentación en regla: se le daba de alta a Pragedes García con un 90 % de recuperación, la dieta y los medicamentos a tomar. Sabía que se irían para Margarita, donde el diputado tenía un apartamento vacacional. Con Jesús Ramón aún faltaban algunas cosas que ajustar, pero sería él, y nadie más, quien las ajustara. La libertad de selección es una piedra fundamental para la tranquilidad.

—¿Todavía sientes remordimiento por tu tío y crees que doña Josefa se tragó a tu mamá?

—No, doctor, eso pasó a la historia. Hasta me da risa lo de doña Josefa. Si estuviera viva le daría sinceramente las gracias. Y en cuanto a mi tío, que no tuvo nada de nada que ver con el enredo, lo voy a ver ahora que venga a visitarme. Sé que se sentirá bien, viéndome bien. Es más, le voy a preguntar que qué hizo con Florecita, la vaca renca. Y por supuesto le voy a pedir perdón por todos los aprietos en que lo he puesto... sin querer yo, pero al fin y al cabo fueron por mí.

—De los juguetes que te regalaron el día en que cumpliste los cinco años, ¿cuál te gustó más?

—Los papagayos. No veía el momento que terminara todo eso para irme a volarlos. ¡Me dieron cinco! Nunca había tenido ni uno siquiera. Mi tío me había dicho, antes de mi cumpleaños, que me iba a enseñar a hacerlos. Pero los que me dieron eran muy bonitos, de varios colores. Había uno que era un águila. Ese me gustó más. Yo mismo me sentía esa águila y no veía el momento de irla a volar. Esa iba a ser la primera que yo iba a volar... y a volar con ella.

—¿Y alguna vez has soñado que estás volando?

—Esos sí son mis sueños. ¿Se acuerda de lo que le dije cuando vi la película que usted me trajo? «Mis verdaderos sueños, doctor». Yo creo que yo hubiera sido un buen piloto. Hay veces que voy a ras del suelo, viendo las florecitas y las hierbitas más menudas, y hasta las hormiguitas moviendo sus paticas, y de pronto me elevo y planeo hacia lo alto de las nubes, y respiro el perfume del mundo, que nadie lo ha percibido, y oigo voces muy lindas que deben ser de los ángeles por lo lindo que son esas voces, y no quisiera sino seguir ahí, pero de repente siento que me agarran por el brazo y pego un salto asustado, y hasta allí me llega la cosa. Después me queda una melancolía como un despecho, pero sin ser despecho, porque no hay mujeres de por medio en mis sueños, doctor. Eso he soñado yo.

—¿Y no te ha provocado lanzarte en un parapente?

—Eso es un juego de ricos, doctor. Pero le digo que eso es nada comparado con mis sueños, porque ellos lo

más alto que llegan es desde donde se lanzan. Después planean y planean y no pasan de allí. Luego van bajando y bajando con cuidadito hasta que tocan el suelo. Se guían con unas cuerdas. En cambio yo, con solo respirar y querer subir subo o bajo o me voy de lado y hago lo que me provoque. Pero lo más grato es la vida que yo respiro cuando voy volando.

—Si te tocara escoger, ¿qué vida escogerías? ¿Aquí en la tierra o...?

—Ni lo dudaría. ¿Se acuerda cuando le pregunté que cómo podía yo saber cuando llegara ese momento, si era por ahí la cosa? Ahí no se lo dije claramente, pero ahora se lo completo: mi momento de volar. Usted me dijo: lo sabrás, lo sabrás. Pero no lo veo. ¿Será que me quede dormido y siga derecho sin pararme más?

—No. Eso no puede ser un acto involuntario, inconsciente. Tiene que ser decidido con plena lucidez y plenitud, porque si no, quedas en pena, y eso sería lo mismo que ya conoces aquí, un torbellino del cual nadie te podría zafar. Los rezos no valen. Si valieran, no hubiera tantas almas en pena. Pero ya tienes bien claro que tu espíritu es del aire. Del cielo vino y al cielo tiene que volver, para que logres la verdadera eterna felicidad que una vez te quitó el sicólogo aquel. Pero te tengo una pregunta: ¿cuántos minutos crees tú que permanece consciente una persona que se lance al vacío antes de estrellarse contra el pavimento?

—No sé. ¿Unos tres minutos?

—No. A los cuatro o cinco segundos se baja el breque general y se desconectan todas las computadoras del

cerebro. Dos segundos después se libera el espíritu y sale en libre vuelo al mundo del cual una vez salió para habitar tu cuerpo. Al pavimento solo cae el cuerpo sin dolor, la pura materia. Lo demás es la noticia. En otras palabras: solo tú sabrás cuándo volar. Como te dije, no dejes nada pendiente que te obligue a volver.

—Muy bien, doctor... muy bien. ¿Y cuándo tomará usted sus vacaciones?

—Después de ti.

—Este domingo viene mi tío a verme, doctor. Me va a dar mucha alegría verlo alegre... el tiempo se pasa como nada... ya van a ser ocho meses que me trajo aquí desmayado... Por cierto, doctor, todavía tengo aquí en la nuca el calichito que usted me puso para que no me diera la migraña esa que no se me quitaba, y de verdad se me quitó. ¿No me lo va a quitar?

—¡Ah! Sí. Acuéstate boca abajo. Vas a sentir un pequeño escalofrío, nada más. Es la electricidad.

Serían como las tres de la mañana del cuatro de agosto cuando terminé de escribir todos los reportes que tenía pendiente. Les dejé a los enfermeros y las enfermeras firmados los documentos de «alta» a los pacientes (hombres y mujeres) que lo ameritaban por mejorías, o a petición de sus familiares. Limpié los archivos de los equipos, guardé algunas carpetas con datos de interés científico y tiré a la basura lo que ya no era útil. Todo lo demás quedó en perfectas condiciones para ser usado por alguien que lo necesitara. Me tomaría unas vacaciones en Los Andes a la espera de nuevos vientos, y eventos. Todavía no tenía definido el sitio, me

refiero al sitio final. El sitio juega su rol. Quien no logra encontrarlo, difícilmente logra la armonía en la tierra. De equipaje llevaba, además de mi ropa habitual, un traje de loco harapiento, de esos de carreteras. En todas partes del país se les puede ver, pero sobremanera en el Táchira. Dicen que los sueltan de Peribeca, a propósito, para que los maten los carros, o las serpientes, o el hambre. Después de veinticinco años dedicados a esto, no tengo más nada que agregar.

Recobré el conocimiento en el hospital. Fallé, fue lo primero que me pasó por la mente. Por la prensa y los comentarios de la gente me fui enterando de los detalles: «El quinto loco suicida que se salva»... «La policía todavía no lo ha identificado»... «Se lanzó del viaducto a las dos de la mañana y cayó encima de un rancho de zinc»... «Le cayó arriba a una cochina y la mató»... «polifracturas en todo el cuerpo»... Comienza un nuevo episodio en mi lucha por la felicidad.

Seis meses después —todavía convaleciente— me interrogaban por orden de un tribunal penal. Eliminando toda la parafernalia del caso, el interrogatorio se desarrolló como sigue: «¿Jura usted decir la verdad y nada más que la verdad?». «Lo juro». «Diga su nombre completo y el número de su cédula de identidad». «Ramón Vicente Mérida Lozano: 4.396.105». «Diga usted: ¿hasta qué fecha ejerció el cargo de director del Centro de Rehabilitación Mental Los Robles?». «Hasta el 4 de agosto del año pasado». «¿Qué lo indujo a abandonar el cargo?». «La decisión de suicidarme». «Diga usted: ¿Por qué tomó esa decisión?». «Porque ya había terminado todo lo que tenía pendiente». «¿Cuántos años ejerció el cargo

de director de ese Centro?». «Algo más de veinticinco años». «¿Puede usted decir el número exacto de pacientes que atendió durante ese lapso?». «1.201». «¿Puede decir a cuántos indujo usted al suicidio?». «A ninguno». «¿Conoció bien el caso de Jesús Ramón Verde?». «Sí». «¿Y el de Pragedes García?». «Sí». «Diga usted: ¿a cuántos pacientes más le aplicó la misma terapia?». «Ninguna persona es idénticamente igual a otra. Por lo tanto, la terapia es personalizada». «Diga usted: ¿De dónde sacó la teoría de los quince segundos bajo el agua y los cuatro segundos en el vacío?». «No es una teoría. Es una hipótesis estadística. Búsquela en Internet y la encontrará». «Diga usted: ¿cuántos tipos de espíritus identificó usted en sus pacientes?». «Tres». «Diga usted: ¿cuál es el tercer tipo de espíritu identificado por usted en sus pacientes?». «Tierra». «Diga usted: ¿cuántos de sus pacientes se suicidaron por cada tipo de espíritu?». «¡Interesante! Se me pasó por alto llevar esa estadística». «Puede decir: ¿cuántos pacientes se suicidaron durante el tiempo en que usted ejerció la dirección del Centro?». «Ciento cincuenta y seis. Perdón. Ciento cincuenta y cinco. El último falló». «¿Puede usted decir el nombre de ese último de su paciente, el que falló?». «Ramón Vicente Mérida Lozano». «En el Tribunal reposan 39 *carpetas* —como usted las identificó— con minuciosas anotaciones llevadas por usted. Todas esas personas se suicidaron. ¿Por qué le llevó el récord solo a 39 y no a los 155 que, según usted, corrieron la misma suerte?». «Esos 39 fueron los pacientes estrellas». «Del análisis de esas *carpetas* se llega a la conclusión de que usted no solamente le hace una apología al suicidio, sino que los indujo a suicidarse. Responda: ¿Sabe usted que está incurso en el delito de homicidios deliberada

y conscientemente planificados, basándose en la doble ventaja que le otorga el hecho de ser psiquiatra y el médico tratante?». «Se equivoca. No le hago la apología al "suicidio" como tal, sino a la libertad y a su concomitante corolario: la felicidad. El suicidio voluntario y consciente es una vía para lograr ese invaluable estado de salud mental, sobre todo en pacientes terminales, sabiendo que la medicina académica aún no tiene respuestas, ni siquiera medianamente satisfactorias para tales casos, y lo peor es que condenan a infelices criaturas y a sus familiares a padecimientos infernales en aras de conservarles la vida. ¡Vaya vida! Pudiera ser, respetables miembros del jurado, que ustedes conozcan otra vía para la redención. Pero si este honorable tribunal llega a la conclusión de que soy culpable de ese mencionado tipo de delito, yo acepto su veredicto. Tan solo lamentaría que sus leyes no contemplen la pena de muerte. Gustoso me tomaría la "Cicuta?"». «¿Puede usted precisar el número total de pacientes a los cuales usted le dio de alta como "rehabilitados" que no se suicidaron?». «977 *rehabilitados* no, sino amortiguados. Más de la mitad de ellos, a petición de sus familiares, quienes ameritan —a mi juicio— información veraz y terapias de convivencia. No sé cuántos de ellos se habrá suicidado. Tal vez la policía lo sepa». «¿Diga usted si ha oído hablar del Aktion—T4?». «Sí». «¿Diga usted si tuvo algún contacto con ellos?». «Nunca». «¿Qué piensa usted de Hitler?». «Me hubiera gustado conocerlo». «¿Tenerlo como paciente?». «Mejor todavía». «¿Cree que fue un esquizofrénico?». «Es probable. Tal vez tanto como el que dio la orden de lanzarle a Hiroshima la bomba atómica. Calcinar a cientos de miles de inocentes en unos segundos, que ya de por sí es un horroroso e

imperdonable crimen, fue lo de menos. Lo abominable son las impredecibles y tal vez eternas secuelas genéticas que ello implica para la humanidad. La humanidad quedó lesionada por milenios en su más sensible estructura: En sus genes». «Dada su reconocida autoridad profesional: ¿puede usted identificar en su conducta algún rasgo patológico?». «Permítame desestimar sus halagos, y con todo el respeto que me merecen sus altas investiduras, siento la necesidad ética de ser honesto con ustedes. Debo ante todo hacerles ver la precariedad en que ustedes se encuentran. En este momento yo podría hacerme el loco y ustedes no tendrían cómo saber si eso es o no es verdad. Pero aunque soy un esquizofrénico, no me interesa manifestarme como lo que soy, no vaya a ser que ustedes concluyan que por que estoy o soy un loco —que no es lo mismo— no me puedan ustedes condenar. Condénenme por lo que ustedes creen que yo hice, o por el delito que ustedes creen que yo cometí. Eso para mí no es lo relevante. Lo relevante es que puedo decirles a ustedes cosas relevantes. Relevantes para ustedes. Cosas que tocan su más ávido interés». En ese momento intervino otro, como fiscal creo yo, preguntándome: «¿acaso alude usted a cosas, por ejemplo: cómo deshacerse de algún ser querido que por desgracia padezca algún trastorno mental?». «No —le respondí— Definitivamente no. Pudiera ser que eso le remolinee en la cabeza. Pero no. No es de eso, sino de cómo aliviar el tormento en que viven muchas familias por no saber con veracidad, quiero decir con exactitud, qué tienen sus seres queridos y menos aún cómo tratarlos, cómo relacionarse en familia, con amor, sin aspavientos».

De inmediato percibí en los ojos del jurado una resistencia a mis palabras. Convenía amortiguar. Darles tiempo a que organizaran sus preguntas, o su ataque, que en el mejor de los casos sería su defensa. Ellos sin darse cuenta pasan a eso, a la defensa. Decidí hacer silencio, y como por arte de magia el silencio en el recinto se hizo total, profundo. Los segundos se sentían en la piel. Yo en el fondo quería dejarles una reflexión, aunque fuera una. Estaba consciente de mi lucha por la felicidad. Sé, por experiencia profesional, que el cerebro capta, capta cosas aun en contra de la voluntad del individuo. Y a esa parte de sus cerebros me estaba dirigiendo.

«¿Acaso piensa solicitar, como atenuante, dictar cursos de cómo vivir mejor en familia?». «No. Tan solo quiero darles la siguiente información: con el adelanto tecnológico hoy disponible, es posible detectar con bastante precisión el sitio y las causas de las conexiones fallidas entre neuronas, así como en determinados genes muy específicos, de cuya presencia o ausencia dependerán, de manera inequívoca, las respuestas de las personas. Y fíjese que no le estoy hablando de "pacientes". Resumo: detectando el punto débil en esas conexiones generalmente denominado la vulnerabilidad —sabiendo lo que nos molesta— llamémoslo factor estresante —y aplicando una terapia de reconocimientos— denominémosla factores de protección —una familia, con algún o algunos miembros "problemáticos" en su seno, puede lograr puntos de armonía satisfactorios en sus relaciones cotidianas, sin necesidad de entrar en amapuches empalagosos y en consentideras, que muchas veces lindan en la hipocresía. Hipocresía que los primeros en detectarlas son precisamente los miembros

"sensibles" o "problemáticos"». «¿Por qué no aplicó esa terapia en sus pacientes?». «En un alto porcentaje fueron aplicados estos conocimientos. Pero esto no es una terapia individual. Como usted puede ver, esto involucra de manera consciente, quiero decir, con información de alta calidad científica, al grupo familiar, al colectivo mayor más cercano, y finalmente al Estado. Solo una sociedad que conozca el camino hacia su libertad puede trajinar lentamente y sin estridencias por estos rumbos».

Se hizo un receso. Me condujeron bajo estricta vigilancia hacia un calabozo blindado. Tomé la decisión de callar totalmente en el resto del interrogatorio. Estaba un poco cansado y quería dormir. Felizmente, no hubo más confrontaciones. Fui condenado a cadena perpetua. En mi conciencia había una paz límbica.

Reo, convicto y confeso, de alta peligrosidad. Así se le informó al país. El sábado 15 de diciembre iba a cumplir nueve meses de encierro bajo estricta vigilancia policial. Solo dos colegas, amigos desde las aulas universitarias, lograron visitarme bajo la custodia presencial de un guardia. Si esta celda hubiera sido un vientre y yo un feto, el sábado hubiera sido un buen día para nacer. Ese día justamente recibí una visita inesperada. Una dama a quien no recuerdo haber visto antes vino acompañada, como de rigor, por un guardia. Me saludó con un beso cariñoso, le dio un sobre al guardia, quien se retiró sin preguntar nada y me dijo: «Prepárate que nos vamos». De inmediato escribí en la hoja de papel que la dama me facilitó: ¡Adiós! ¡Me fui de vacaciones!

La sandalia en el bambú

Cuántos charcos, cuántas piedras, cuántos saltos de agua habrían sorteado aquellas sandalias en ese inédito transitar de su dueña, la joven Sonia, hija de aquel poblado campesino en las estribaciones del río Manamá afluente en la margen izquierda del gran Orinoco.

Sandalia y pie conformaban un todo. A medida que avanzaba Sonia en su camino, las sandalias se le iban adosando hasta conformar una sola y única estructura protectora, capaz de soportar las arenas calientes de los médanos, los ripios punzantes y las filosas lajas ferruginosas en aquellos afloramientos rocosos del Orinoco.

Sonia se había convertido en la más aguerrida defensora de las sabanas, de las selvas que acompañan y protegen a los ríos y, en particular, de los intrincados bosques de bambúes. Pero especial predilección sentía ella por los tiernos rebrotes de estas gramíneas muy codiciados por ciertas comunidades que los usaban para preparar sus brebajes que les prolongaban a los hombres su virilidad y a las mujeres las prevenían de las arrugas. Fue así como logró salvar los guaduillales de Cartanal, y de paso benefició también a los cartanes, especie igualmente perseguida por las bondades de su fina madera entreverada de rojo y marfil y a las guaduas sagradas del Bajío, donde proliferaban las más variadas especies de

marranos silvestres, incluido el báquira cachete blanco, animal encantado y muy temido por la población, pero aliado principal de Sonia en su lucha por la naturaleza y la vida en su estado original.

Solía Sonia pasarse incontables días mimetizada en el follaje y en los barrancos de las madreviejas, al punto que llegó a imitar con mucha nitidez los más disímiles sonidos de la vegetación, los gorjeos de las aves y el gruñido de los animales salvajes. Se cuenta que una vez unos cardenalitos pusieron sus dos huevitos en la desordenada y abundante cabellera de Sonia y con ella iban ellos en su nido ambulante.

Sin embargo, su batalla más ardua la dio Sonia en defensa de los bambúes y los palmaritales en el estero del Manamá. En más de una oportunidad frustró los intentos de los progresistas de talar grandes extensiones de palmas y bambúes para establecer allí plantaciones industriales de caña y de arroz, para producir el novedoso y ecológico biodiesel en esos esteros, que además de ser estos un paisaje de increíble belleza natural, era cuna y reservorio de miles de especies animales y vegetales. Cada garza es un mundo, cada lirio una flor, decía Sonia en sus cantos populares. Pero toda lucha solitaria encuentra al final su calvario y su cruz.

Una vez llegó al poblado una instrucción desde el Palacio de Gobierno, mejor dicho, una orden. Vinieron importantes personeros del Ejecutivo, poderosos hombres de negocios y prelados de la Santa Iglesia a bendecir estas tierras, a poner la primera piedra para la gran represa y a declarar la independencia del pueblo de las restricciones de la sequía y de los desastres de

las inundaciones. Justo en el emboque del estero con el río Manamá construirían el gran dique. Es decir, se decretaba la muerte del estero por inundación total y permanente. La población sería reubicada. El progreso los arroparía a todos, gente y naturaleza por igual. Desconocían las autoridades que durante miles de años estero y población habían coexistido en sana armonía, con sus sequías y sus inundaciones, porque la gente ya formaba parte del estero mismo y habían aprendido a vivir con las vicisitudes de las lluvias y de las sequías. Canoas en el invierno y bestias en el verano eran sus tradicionales y efectivos medios de comunicación y de trabajo.

Ante tal avalancha de fuerzas y argumentos oficiales, Sonia se sintió vapuleada y abatida. Salió a recorrer su estero presintiendo que lo haría por última vez, y fue recolectando al azar una que otra florecita silvestre. Iba sin rumbo y sin fuerzas, a la deriva. Así se fue acercando sin darse cuenta al sitio donde se había celebrado la fatal ceremonia de la represa. Allí habían acondicionado ese espacio unos arbustos, palmas y guaduas para que no fueran a molestar a los ilustres visitantes. De repente, Sonia al poner su pie sobre un repunte de guadua que había quedado vertical como un hueso astillado, sintió que la suela de su sandalia había sido atravesada y ella quedó estacada, inmóvil, anclada y sintió un escalofrío que recorrió su cuerpo casi a desvanecerse y veía su cabellera batida por la brisa que empezó a soplar de manera inusitada. Sonia quiso gritar, pero de su garganta solo salían gorjeos de aves silvestres y gruñidos de marranos monteses. Fue viendo en su alucinación que se le acercaban manadas de animales, especialmente

de báquiros cachete blanco y jilgueros multicolores de los barrancos. No había un alma en el pueblo. Todos habían sido desalojados el día anterior. Allí quedó Sonia sembrada para siempre como una cepa de guadua silbando al influjo del viento barinés.

Vinieron las máquinas excavadoras, camiones volteos, tanques, bombas de agua y todo tipo de equipos para la construcción del gran dique. La obra debía estar concluida a la brevedad posible, dadas las prioridades de la utilidad pública decretada.

Se inició la obra. El día fue intenso para los trabajadores quienes prolongaron la jornada hasta bien entrada la noche. Al amanecer del día siguiente intentaron infructuosamente reiniciar sus labores. Los motores y las máquinas no respondieron. Estaban totalmente inutilizadas. Fueron revisando cuidadosamente y detectando que las mangueras y los cables estaban completamente destruidos, cuestión que les llevó varios días restablecer su estado operativo. Se abrió una investigación para castigar a los saboteadores. Pensaron en Sonia, pero en ese momento se percataron de que ella había desaparecido misteriosamente del poblado sin dejar rastros. Evidentemente, no había sido ella.

Nadie le dio importancia a aquella cepa de bambúes frondosa y llena de nidos de diversos tamaños y formas. Los más acuciosos se maravillaban que al atardecer una nube de pájaros de todos los colores y tamaños llegaban a pernoctar en su follaje. La cepa ocupaba un sitio privilegiado en el barranco del Manamá a pocos metros donde los ingenieros habían decidido construir el desaguadero de la represa.

El *saboteo* se repitió por tres veces consecutivas sin evidencias de culpables ni explicaciones posibles. Ante tales circunstancias, los organismos de seguridad montaron un dispositivo de cerrada vigilancia y control en todo el pueblo y especialmente en torno al parque de maquinarias y equipos allí estacionados. Fue entonces cuando ocurrió el desastre que puso fin por muchos años a la construcción de la represa en el estero del Manamá.

Todas las hipótesis condujeron a los detectives a pensar en un sabotaje de grupos subversivos externos con infiltrados en la población nativa. Revisaron cuidadosamente todos los expedientes disponibles de ciudadanos incursos en delitos allegados al pueblo, pero también interrogaron minuciosamente al resto de la población. Nada en claro. Se declaró estado de sitio local en grado de alerta roja. Fueron revisados uno a uno los siete puntos posibles de ataque y se armó la mejor estrategia para la defensa.

Se establecieron rondas permanentes y reforzadas. Se instalaron reflectores y luces infrarrojas. Se dotó a los soldados con armas de guerra de alto impacto y de todos los calibres. El parque de maquinarias así acordonado se consideró invulnerable.

Serían como las doce de la noche, noche negra y de fuertes ventarrones cuando los soldados comenzaron a oír un ruido sospechoso, como de gente arrastrándose por el suelo. Sonaron las alarmas y cesó el ruido. Esta situación se repitió varias veces sin poder detectar el origen de la perturbación. Un soldado de ronda se acercó

un poco a un matorral de porte bajo que había en la pata de una cepa de bambú. Alumbró y logró ver dos brasas como ojos de un animal. Soldado de origen campesino, pensó cazarlo y apuntó con su rifle. Solo se oyó un grito. El soldado desapareció sin dejar rastro. Se movilizaron todos hacia el sitio. Al mismo tiempo, por cada uno de los siete puntos guarnecidos atacaron sendos báquiros cachete blanco dejando un reguero de víctimas fatales. Una bandada de aves de rapiña de hábitos nocturnos atacó al comando de oficiales encargados del operativo de defensa, quienes despavoridos abandonaron el sitio. Aparte del dispositivo de seguridad, nadie más se enteró de lo ocurrido hasta ese otro día, cuando ya los soldados desmoralizados desmontaban el campamento dispuestos a abandonar el lugar.

Una urraca en el jobo del barranco contraponía sus graznidos al canto de un arrendajo parado en la derivación del bambú donde una sandalia se mecía en el viento.

La Revancha

Y qué lo trajo por aquí donde pocos se aventuran sin ser recomendados, Vine buscando mi herencia porque me han dicho que mi padre vivió aquí sus últimos años y según, dejó una fortuna que nadie le discute y todos la respetan, Y cuál es su gracia que todavía no me la ha dicho, Mi nombre de pila es Anastasia y Viloria por mi padre, Y dónde le dijeron que vivía su padre de ser todo eso cierto, De la plazoleta más arriba de la ceiba del ahorcao, como a unos veinte metros de la otra esquina donde vive Eulalia, si es que aún vive, Y cuánto tiempo hace que le dijeron eso, Calculo que unos treinta años atrás porque cuando eso aún no había nacido Anastasio mi primer hijo quien fue el que se interesó en todo esto de la herencia.

Así fue como me recibieron en La Revancha el día en que para bien o para mal me decidí a desandar los pasos de mis antepasados. En verdad no me interesaba mucho el dinero allí enterrado o las extensiones de tierra con ganados y plantaciones ya establecidos. Pero tampoco fue por ese empeño de mi hijo aunque a decir verdad mucho influyó en mí para que pensara en cosas que de otro modo difícilmente hubiera yo pensado.

Eso que usted anda buscando, Anastasio, es un enigma; muchos se han desnucado en el barranco de Los Apartaderos, que es donde realmente comienzan las tierras del que en vida según usted fue su padre, ¿Y es que ya otros han venido por aquí con este mismo

propósito?, Con usted ya van siete los Anastasio que me han preguntado lo mismo y cada uno dice lo mismo, que fue su hijo Anastasio el que los animó, ¿Y de dónde han llegado los que ya vinieron?, De donde mismo usted, aunque todavía usted no me lo ha dicho pero ya yo lo sé.

Mi curiosidad aumentó por esa herencia, pero mucho más por mis parientes muertos en circunstancias aún no esclarecidas. En mis sueños de niño hubo uno recurrente que tenía que ver con inundaciones, desbarrancaderos y peñascos insalvables donde yo tropezaba y rebotaba como una pelota de aire para caer de nuevo en otro torrente que llegaba y moría en un mar de aguas tranquilas. Me llamó la atención el barranco de Los Apartaderos *donde realmente comienza* la herencia que dejó mi padre. Pero por qué razón morían de manera misteriosa sus hijos al intentar pasar por esos barrancos. Qué sería lo que ellos perseguían, porque yo, siendo sincero, no fue por afanes de riquezas que ahora *me aventuro por estas tierras sin ser recomendado.*

¿Y dónde queda el barranco de Los Apartaderos?, Tiene que atravesar las tierras cenagosas de los Turpiales y los médanos de Tierras Blancas de ahí camine sin descanso hasta encontrar un cruce de camino, coja el del centro porque de esas cuatro vías tres van al Infinito sin importar qué vueltas den y no tienen regreso, ¿Y eso mismo le dijo usted a mis hermanos cuando vinieron buscando los rastros de mi padre?, Yo no sé si son o fueron sus hermanos pero si usted tiene buen oído y escuchó bien lo del barranco sabrá que la verdad anida oculta en el corazón no en la palabra, ¿Todo eso se lo dijo usted a ellos?

En ese momento sentí un tirón en el cuello que

En ese momento sentí un tirón en el cuello queme obligó a tallarme con la mano y la vista empezó a enturbiárseme como si una neblina espesa bajara y me envolviera totalmente. No pude distinguir la figura del hombre con quien estaba hablando y me sentía flotar sin respiración ni aliento como si yo no existiera. Sentí la necesidad de llamarlo pero caí en cuenta de que no le había preguntado ni su nombre ni dónde estábamos. Abrí los brazos y extendí mis piernas sin tocar algo sólido en qué afincarme. Estaba virtualmente sin soporte alguno. ¡Qué desamparo! Me vino nítida a mi mente la cara de mi hijo Anastasio que me sonreía con benevolencia. Era un joven de facciones perfectas, moreno de piel, alto de estatura y de cuerpo bien estructurado. Agarraba la mano de Isabel su compañera que también mostraba su belleza y su inteligencia en sus pestañas. No los podía oír pero veía sus gestos y rostros juveniles y eso avivaba mis esperanzas. Algún día tendría que pasar esa neblina y yo poder descifrar la verdadera razón de la emboscada que me tendió Anastasio.

A ellos solo les dije que *no se metieran en camisas de once varas porque la avaricia rompe el saco* pero con usted es distinto, a usted lo cuida la niña de los sueños, de las lluvias y de la penumbra, la misma que ama y protege a su hijo, la de las manos prodigiosas y de los pies silentes y menudos, la que sacude al viento con su fronda que de no ser por ella ya usted se hubiera extraviado en sus locas aventuras, ¿De quién me está hablando?, Del río moreno que una vez inundó los esteros y en la más atroz de las sequías pobló de lirios blancos la sabana, la que te aparta de las sombras malignas en tus recurrentes sueños de búsquedas sin rumbo, la que trozó el camino en cuatro en el barranco de Los Apartaderos y dejó solo una vertiente

luminosa para los verdaderos hijos de Anastasio que era como se llamaba al que ahora buscas sin razón aparente y sin un compromiso serio con tu vida, ¿Y usted la conoce?

De nuevo caí en la total inconsciencia, pero esta vez pude respirar mientras dormía.

—Cuéntame, ¿cómo te fue? Anoche que te sentí intranquilo.

—Nada, María, fue uno de esos sueños que aún no termino de descifrar.

—¿De qué se trató esta vez?

—Lo mismo de siempre, de una inundación y esta vez de mi padre, pero hay alguien que lo sabe todo y no puedo descubrir de quién se trata.

—Decías la revancha, la revancha.

—¡Ah! Creo que así se llamaba el pueblo donde estaba enterrada la herencia.

—¿Y tú crees en eso?

—No, pero me intriga lo de la revancha.

—¿Tú rezas antes de dormir?

—No.

—¿Pero sabes rezar?

—No.

—¿Te interesa aprender?

—No.

—¿No será esa la herencia que te están reclamando?

—No.

Los hijos del cuento

José Pérez y Pablo Pérez eran hijos de Ratón Pérez en la señora del cuento. José, el más flaquito de los dos era, por esa y única razón, al que siempre le tocaba meterse por las rendijas de las empalizadas de las casas de bahareque del pueblo, para rebuscarse los huevos de las gallinas, guineas y pavas que nunca faltaban en las casas de los pobres. Igualmente, Pablo era el de los papelones y los quesos. Así pues, los dos muchachos constituían un equipo imbatible. Pablo y José vivían en las afueras del pueblo y el pueblo quedaba en las afueras del país; valga decir, al margen de las cosas que ocurren a menudo en las grandes urbes. Era un pueblo, como bien pueden ustedes imaginarlo, pequeño, pero sin infiernos grandes. Era un pueblo siempre verde, siempre fresco, siempre sin noticias atroces para el alma. Un pueblito imaginario donde felices vivían y se divertían Pablo y José, los hijos del cuento.

Un día iban Pablo y José, como de costumbre, turnándose en sus infatigables travesuras, cuando de pronto Pablo se detiene en seco y mostrando con el dedo hacia el fondo de una casa vecina dice:

—¡José! ¡José!, mira aquel racimo de cambures maduritos.

—Sí, Pablo, pero es a ti a quien le toca ahora.

—¿Por qué, si ya yo agarré el papelón en casa de la señora Piedad?

—Pero es que me queda muy alto, Pablo. ¿No miras que yo no alcanzo?

—Tú verás lo que vas a hacer, pero lo que soy yo, aquí te espero y con eso te vigilo.

José, que le tenía miedo a las lagartijas le dijo:

—Bueno, hermano, pero acompáñame a pasar la zanja de las matas.

—¿De las matas?, será de los matos.

—Dije de las matas y cuando yo digo matas quiero decir matas, no matos.

—Pero como tú siempre estás enredándolo a uno con tus palabras.

—Con mis palabras no, yo digo las cosas como son las cosas, pero como tú sabes, las cosas siempre tienen su doble sentido.

—Pero con los nombres de la gente también te juegas.

—Tú sabes, Pablo, que la vida es un juego y el que no se la juega, en serio que se muere.

—¿No ves? Ya vas a empezar.

—El que me dio cuerda fuiste tú, así es que te la aguantas, porque si no, no voy a buscar los cambures, y yo sé que tú tienes hambre, porque ni pudiste mordisquear el papelón.

Así continuaron en ese contrapunteo hasta que José se paró, se puso las manos en la cintura y con un ademán interrogativo le dijo a su hermano:

—Mira, Pablo, ¿tú sabes por qué es que mi papá no te cree nada de lo que tú le cuentas?

—El porqué no lo sé, pero será para que no se lo cuente.

—No, Pablo, no es por eso, es que los Pablos son todos muy embusteros. Tú no miras que ese que andaba persiguiendo a Jesucristo dijo que se había quedado ciego, encandilado con una luz, y que por eso ahora sí era verdad que veía clarito; y el otro, al que llaman el poeta, que a todo el mundo le dijo que se llamaba Pablo y así lo conocieron en todas partes no siendo esa la verdad; y si es el otro, menos que menos, dijo que era un Casal y era nones, único pues; y el que tenía la nariz como el pico de gavilán y los ojos brotados, según su propio retrato, que la mujer —supongo que era la de él— porque eso tampoco se sabe ni hay por qué creérselo, dijo que aunque él pintaba la cruda realidad, otro asunto que tampoco nadie sabe si es o no verdad, tenía las manos suaves como el amor mismo.

—¿Suaves? ¿Cómo es eso?

—Suaves, suaves, ¿tú no sabes lo que es suave, Pablo? Bueno, chico, que no aruñan, y por eso es que mi papá no te cree nada, Pablo.

—¿Y mi papá sabe todos esos inventos tuyos?

—Inventos míos no, todo eso me lo cuenta mi mamá.

—¿Y de cuándo acá mi mamá sabe esas cosas?

—¿Cómo que de cuándo acá, Pablo, es que tú vives en la Luna, o es que no sabes que mi mamá es la señora del cuento?

Y eso era para reírse José de su hermano Pablo y Pablo de su hermano José, que luego echaban a andar uno al lado del otro, dándose de vez en cuando con los codos y volviéndose a reír hasta que se iban convirtiendo en dos punticos en el largo camino de la vida.

Tres rosas

Una vez, mientras deambulaba por una de las ciudades del oriente de mi país tuve una cierta necesidad que más luego se las contaré. Pero quiero que sepan, ante todo, que mi país es un país de maravillas —sin lugar a dudas— que tiene por el norte el mar de la esperanza; por el sur, la tierra de las pasiones, del fuego y de los temblores; por el este, la iluminada mansión del Sol, donde el astro rey inventó el zodíaco para agrupar, de algún modo, a tal variedad de inventadores y le puso en su fachada el más radiante de los arcoíris, y por el oeste, la noche de los dulces sueños, donde los amores del día se consuman. Además, mi país no fue descubierto, fue inventado por el más grande de los poetas del universo y por eso, toda su población adolece en algún grado, de locura: soñadores, músicos, poetas, locos de ebriedad, pintores, escultores, artesanos, libertadores y pare usted de contar.

Como les estaba diciendo, una vez, mientras caminaba por una de esas calles del oriente tuve la necesidad de imprimir unos textos que había manuscrito en mi agenda en el amanecer de uno de esos días que presagiaban una lluvia copiosa. Pero, poco previsivo, no cargaba dinero. El que tenía me lo había gastado comiendo pizzas con una chica vendedora de rosas en el mercado popular, a quién no había visto antes ni volvería a ver después. Muy sonriente, después de comer, se despidió de mí y me dijo: mi nombre es Rosa, porque vendo rosas y te regalaré tres

rosas a cambio de tan rico almuerzo que has tenido a bien compartirlo conmigo. Pueda ser que más adelante logres cambiar estas bellas rosas por un paraguas, para que la lluvia no te empape el cerebro; que ya me di cuenta que no eres impermeable.

Por esa circunstancia, como les decía, no cargaba dinero, pero quería imprimir los textos.

En la acera de enfrente vi un soberbio edificio de lujosas oficinas y una abundante afluencia de gente que entraba y salía, aparentemente metida en sus asuntos. Todos los colores y portes de mi gente. Todos los rostros, todas las esperanzas, fastidios y alegrías se traslucían en aquellas estampas citadinas. Me quedé un rato observándolas y pensé que entre tantas personas debía haber algunas, muy parecidas a otras tantas que, en otras ciudades y mundos, eran también como yo, permeables a la lluvia, amantes de las rosas y dispuestas a compartir amablemente un instante de sus vidas.

Con estos pensamientos subí hasta el primer piso y aprovechando que alguien abrió la entrada a los pasillos interiores del edificio, seguí adelante dejándome guiar por mis intuiciones. En el «Pasillo Azul» —así decía el letrerito— fui observando la numeración de las oficinas, todas iguales aparentemente, pero me agradó aquella que, casi al final, estaba marcada como S-4. Allí me atendió una chica risueña y bien amable. Ante su pregunta me identifiqué: Soy Ele-Ese, poeta, peregrino y por aquí de tránsito con una pequeña necesidad: quiero imprimir unos textos que escribí esta madrugada. Le pareció extraña mi petición, pero amablemente me dijo: Si eso es todo, no hay problemas. Siéntese en esta

computadora y hágalo. Aquí trabajo —añadió— con otras dos chicas más, pero ahora están almorzando. ¿Y usted?, le pregunté. No, yo siempre traigo algo de mi casa. Puede escribir tranquilo, ya yo vuelvo, y se retiró a calentar su avío.

Al llegar las otras dos jóvenes, igualmente amables, una, más sorprendida que la otra, me preguntó: ¿usted quién es? Poeta, fotógrafo y peregrino, le respondí. Necesité imprimir unos textos y me aventuré en esta oficina, observando el número me dije: la letra S debe significar SUR y el número 4, debe ser que aquí trabajan cuatro personas. Se rio con ganas y contagió a sus compañeras.

Aquí traigo una rosa para cada una de ustedes, les dije, y como no tengo dinero para pagar las copias, les tomaré una foto y les escribiré un cuento. ¿Les parece bien? Pero eso sí, deben saber que todo lo que escribo son fantasías; así, verbigracia: ustedes mismas. Veamos. Hagamos un juego: vamos suponer que la primera que me recibió se llama Ronheli, fácil de palabra y de grata expresión. Que nació en las montañas de Catuaro, sitio que ni conoce, pero que sueña conocer algún día, por lo bonito que le dicen que es y, además, por ser la cuna de uno de sus remotos ancestros. Supongamos también, que les trabaja a unos extranjeros, que a su vez trabajan para unos venezolanos, que finalmente les envían sus productos a unos extranjeros. Digamos que la otra se llama Keiliber, nativa de Maturín, blanquita ella, de sonrisa amplia que le achina un poco los ojos y de cabellos lacios, de padres españoles que no llegaron a conocer a España, y que la tercera es Yohanna, morenita, alta, bien atractiva, un

poco desconfiada al principio pero luego muy familiar. Que ya se va a graduar en Ingeniería de Petróleo, cosa nada extraña, porque además de inteligente, es nativa de Punta de Mata, donde los pozos quedan en el patio de las casas. Y la cuarta persona, vamos a suponer que se llama Francisco. Joven apuesto, blanco, proveniente del Sur —y de ahí, la letra de su oficina— muy atento él y buen ejecutivo de negocios. Digamos también, que viene de Tucumán y que le llamó la atención mi país, no tanto por los cambios que dicen que aquí se están produciendo, que a lo mejor es verdad, porque en este, el país de las maravillas, las cosas nunca permanecen en el mismo sitio, ni los conceptos permanecen inmutables, ni los colores son siempre los mismos, sino por la fama de ser esta una tierra donde abundan las mujeres bellas y cariñosas. En otras palabras: quería, además, probar suertes en el amor. En ese mismo momento salió de su oficina una elegante joven, blanca, delgada, de cabellos claros sin llegar al amarillo, vestida con un traje verde tierno, en su cintura una correa marrón con randas y esferitas de madera de fino tallado y en su cuello un bello collar donde el azul y el metal se cruzaban en una sutil combinación más sensual que lujosa. Pasó de largo no sin antes saludarnos con una sonrisa de complicidad manifiesta. Ni yo pregunté ni ellas me dijeron nada al respecto.

Ahora bien, vamos a tomarnos una foto, porque toda fantasía uno tiene que abrigarla, digámoslo así, con cierto calor humano, para que parezca verdad y siempre quede en nuestros corazones.

Miren. Aquí estoy yo, con la luz pegándome de este lado, para que mi pelo aparezca como gris plateado. A

mi lado izquierdo está Keiliber, blanquita y risueña. Le sigue en ese orden Ronheli, con su moñito recogido atrás lo que le da amplitud y frescura a su cara. Después, Yohanna, alta, elegante, con su pelo suelto, negro y abundante, para cerrar el cuadro con Francisco, de grata sonrisa. De este modo están pues, en esta foto a full color donde se destacan al fondo las tres rosas, tres simpáticas jóvenes entre dos caballeros, lo cual es ya por sí solo, un motivo de sugestivas sospechas de andariegos.

Pero como al principio les advertí, nada de esto es real ni ha sucedido. Así pues, lo único cierto es que nosotros solo somos parte de una fantasía que en alguna parte del mundo pudiera ser verdad, y nuestros nombres, vidas y pasiones coincidir con seres, que en la vida real se afanan en sus quehaceres diarios y ganan el sustento para sus familias, y sueñan con amar y viajar a otros lugares remotos y atractivos del planeta.

También pudiera ser que haya un poeta que deambule por su país —un país sin fronteras como tiene que ser para hacerle honor a su fantástico Creador— intercambiando su almuerzo por rosas y rosas por sonrisas, y en el atardecer de colores cálidos y fríos intercalados en su cielo, llegue a su hogar a compartir con sus seres queridos las fantasías diariamente inventadas y fielmente vividas.

La ronda de las hermanas

Hubo una vez una niña llamada María Rubín, hija de Ramón Rondón, quien había decidido ya por séptima vez, nacer en aquel lindo y fértil valle ubicado en un punto equidistante entre dos montañas: la del norte, que le ataja las aguas encrespadas de la mar bravía y la del sur, que no le deja pasar los vientos secadores del ardiente verano. María quería nacer en aquella zona equinoccial en el país de las quimeras.

—Tú, que eres mi padre, gran rondador del mundo y conocedor de la vida y de la muerte, concédeme esta vez que sea yo quien decida lo que ha de suceder con mi única existencia.

—Hija mía, rubor en persona, bella, como has querido ser y rodeada de múltiples hermanas para compartir feliz con todas ellas todos tus juegos, todavía no acabas de entender el verdadero significado de las cosas. ¿Cómo puedo yo complacerte si te empeñas, ya por séptima vez, en nacer ahí, y de qué modo, para rondar sin razón, sin mi razón, en el juego de la nada?

—Padre mío, ¿acaso no comprendes que yo pueda explorar en el jardín de mi casa y en todos los alrededores de mi comarca, que son parte de mí misma, aun en mis juegos infantiles, como dices tú, y darle otros nombres y aun otros significados, a lo que tú llamas piedras, alimañas, peligros evidentes y acechantes? ¿Por qué no

me permites esta vez que yo sea yo misma, que según dicen es la voluntad de la naturaleza y te aseguro, como jurando al cielo, que de ese modo seré una buena hija, amorosa, tranquila, efervescente quizás, pero no loca, ni extraviada, menos aun perdida para esta hermosa vida?

—¿Cómo explicarte, hija mía, sueño de mis sueños, parte muy sensible de mí mismo, que no puedo abandonarte a tus caprichos?

—Óyeme, padre, te lo ruego y te lo juro, que aun si llegara a perderme en la montaña, al norte, y me tragaran las fieras aguas del océano, o en el sur, y los vientos me secaran las venas y me llevaran volando por el aire, lejos, muy lejos de tu propia existencia; o si el Astro Rey que de mañana alumbra y se duerme en el ocaso cada día, no volviera a mirarme en este valle; aun así, padre querido, lo aseguro, que no me habré perdido para esta vida, eterna. Porque no hay muerte que pueda avasallarla, ni peligros, ni piedras, ni alimañas, que pudieran desviarla en sus designios, padre, y aunque muy terca te parezca ahora, te lo ruego por séptima vez, concédeme la gracia de ser yo quien decida lo que ha de suceder con mi única existencia.

—No puedo más contigo, hija mía, y siento que se desvanecen mis sueños como el humo en los vientos del sur. Eres de mi existencia mi último respiro y te me vas, como el agua entre los dedos, dejándome la frialdad de la razón. No puedo detenerte. Vete. Si lograra sobrevivir a tu rebeldía, que lo intentaré con todas mis fuerzas, estaré vigilante de tus pasos. No dudes en llamarme, que tu voz la oiré en medio del bullicio de la gente como la más refrescante melodía del universo.

—Está bien, padre, pero no llores, que te pones feo.

Ramón Rondón siguió su ronda por el mundo intentando distinguir entre el rubor de cada día, el rubor de María, su bella hija que, aunque agobiada, apedreada y acechada por mil incertidumbres en este brevísimo lapso que es la vida, se decidió una vez iniciar su propia ronda.

El buen hijo

Vivía en el corazón mismo de la ciudad una joven pareja a quien Dios le había deparado un hermoso y rozagante hijo.

Eran en edad jóvenes, como ya dijimos, pero no tanto si tomamos en consideración sus conocimientos y sobre todo sus amplias reflexiones. Ambos tenían por costumbre y por afán preguntarse todo y acerca de todas las cosas, aunque parecieran tontas, que les acontecieran en su entorno familiar y cotidiano que, según ellos, era en realidad el centro mismo de la vida. Lo primero que ellos decidieron —¡Oh! Ilusos enamorados— fue tener tres hijos. Serán tres, sentenciaron, aunque dicen los textos avanzados en estas lides y ellos lo sabían, que el del medio recibirá toda la descarga que no puede endilgársele al primero y vaya usted a saber por qué, pero tampoco el afecto y el cuidado que merece el bordón de esta cadena y vaya usted, ¡otra vez! A saber por qué.

Así con conocimientos de causas prevenidos iniciaron el viaje de la vida en pareja. Es bien sabido desde la más remota antigüedad del género que el hombre requiere de la hembra para estar satisfecho y feliz gozador de toda la creación en su más abigarrada variedad de formas, olores, sabores y colores que a su mandar pusieron, pero con la única, sola, simple y menuda condición que mantuviera el pensamiento quieto y su esencia —sin decirle cuál— conforme con el vasto universo concebido.

También estaban entendidos por supuesto, que la desobediencia original, como un pecado sin apelación posible, entró por ella, la compañera fiel y única (quién lo duda) necesaria a todas luces, bella por génesis de esas manos sublimes que la forjaron en una magistral desimplantación intercostal, moldeada y adaptada al varón, carne de sus huesos, mas no de su mente, a Dios gracias —ya se sabe que el azar es la carta bajo la manga sagrada— pero en todo perfecta, porque lo de la mente no puede percibirse sino por hechos cumplidos que en nada desmejoran la tal perfección aquí descrita y que además de perfecta la hembra es bien amada, y me perdona el lector la digresión, pero ella lo merece y sobre todo justifica en alto grado que la curiosidad hubiera hecho mella en su cabecita de alondra, soñadora, pero sobre manera atolondrada y así embriagada de ilusiones convenció a su pareja, a ese que la había precedido en verbo y en esencia por la predilección del Creador de todo lo existente, luces y sombras, verdades y apariencias, para que probara ese delicioso e inédito sabor que tiene lo prohibido, pero que además tampoco era poca cosa, aunque solo fuera asomarse por esa mínima rendija al mágico mundo del azar donde el Creador manda sin lugar a dudas y de donde saltan todas las maravillas de su creación reales o ficticias, quién lo sabe, si en verdad ellas se trasmutan entre sí y se recrean en cada instante y sin saber por qué ya ella, la hembra, lo intuía perfectamente y por lo mismo se la dio a probar a él, su único, con la sugestiva atracción de una serpiente y en ese mismo instante ella sintió en su cuerpo que la serpiente era él y que feliz la devoraba y por eso en el éxtasis de su flagrancia no pudo responderle a esa voz,

posteriormente traducida como atronadora aunque me luce que fue más bien risueña, al preguntarles y de qué se avergüenzan. Pero es tan grande el azar, ¡y qué confuso!, que mejor dejo el pensamiento quieto y me conformo con ser lo que ahora soy, aun sin saber en verdad lo que esto significa.

Es en este contexto donde observo el discurrir de esta joven pareja más en edad que en otras cosas y en los versos siguientes les relataré un acápite de su vida cotidiana.

Puertas adentro, controversias y pujas amorosas, desconciertos y cabrioladas lisonjeras, rupturas y reencuentros afectivos. Todo, todo lo que es posible vivir en el asombro del amor primario lo habían vivido en pos de esa básica premura. Pero no todo lo sabido es cierto ni todo lo amado es venerado y puro. El sueño en la penumbra se contrasta en lo claro. Los tres hijos de ayer son solo uno y ni rechistar ni maldecir protestas, ni buscar por recónditos rincones que tan solo es dado conocer al lego lo que conviene al dios de su destino. Y en este devenir de vivaces irrupciones le dice el padre al hijo solo te tengo a ti, ni a dos ni a tres y quizás tú me tienes. Pero observo con la preocupación de un ser amante que a veces a tu madre —yo te escucho— en la confrontación la agredes, la provocas, la maltratas, la contravienes y sin saber por qué te satisfaces, aun cuando sabes que a nadie, menos a tu confort, eso conviene. Si tú me lo preguntas, te contesto, pero no son quizás mis palabras apropiadas para esa adolescencia tuya que adolece de la fiebre fatal de la búsqueda insaciable de no sé qué será lo que se busca.

Cada pregunta tuya me conmueve y me obliga. Con cada irreverencia tuya reflexiono y ante tu ingenua pregunta ¿soy buen hijo? que ni sé qué carajo me preguntas me interrogo: ¿acaso soy buen padre o buen hijo, que también soy hijo, o buen hermano o buen marido, pareja de la hembra que me da el equilibrio y a veces la nostalgia, que me sacia la sed y al mismo tiempo hasta de mal humor me pone?, y me pregunto: ¿será que quiero que seas mi buen hijo, a mi hechura y a mis circunstancias?

Cuando tengas pareja, hijo mío, que a lo mejor tendrás, y hagamos un recuento de estas cosas, no te asombre que a lo sumo te diga, olvida todo o si prefieres desestímalo, réstale fuerzas a todas las palabras y abre tu corazón a los aromas silvestres que siempre viajan en los vientos frescos en cada amanecer y emprende tu camino, que la vida no espera ni hay mañana.

En honor a Los Diablos y a San Juan

Solo puede entenderse que esto ocurra en un país bien cuerdo y de bien equilibrados contrastes ancestrales donde los diablos y los santos se convocan en momentos estelares para bailar sus ritos y compartir sus amores sin denostar sus sacras realidades ni conceder prebendas al contrario.

Y no se trata de meras coincidencias en el calendario, que además es requisito *sine qua non* que así ocurra, sino además entender que lo negro es negro y lo blanco es blanco y que ninguno de los dos tiene existencia por sí solo, que el poder de la hembra se expresa en el momento exacto en que debe ocurrir y para esta ocurrencia ha sido marcado el veinticuatro, cuando San Juan invade los espacios sensuales de la fiesta pagana y las faldas mandan con la inevitabilidad de sus designios y Los Diablos persuadidos en su lucha milenaria aguardan con sus rituales cuasi espeluznantes a la confrontación final, a la plenaria de las mujeres de San Juan con los cachudos diablos de este Chuao, que jamás retroceden en su espacio de sombras y de esguinces para satisfacer los placeres más hondos y sagrados sublimados en la cópula del baile.

Ocurre, sí, ocurre después de muchos años de macerada espera, como en la vida real, si es que eso llega, para satisfacción del canto y de la entrega.

La muerte del orgullo
(Un cuento sentido sin sentido)

La hora final en la batalla final en el último palmo de aquel campo, que de otro modo y en otras circunstancias me hubiera resultado el más bello paraje de toda mi existencia. Pero hoy no. Hoy, recostado sobre mi propia sombra veo venir en tropel mis pensamientos, quiero decir los míos, porque me los he apropiado de todos los que me han antecedido en el verbo, que no es solo palabra pero que tampoco llega a ser la síntesis de todo lo que somos. Y vienen ellos atropellándose y topetándose como carneros y dándose con los codos y chanceándose en pugna vertical por ser genuinos y he aquí la primera incongruencia y la disputa visceral conmigo mismo, porque en verdad os digo, los he atrapado de Goethe y de Neruda y hasta de los ancestros más antiguos del propio Gilgamesh, para no citar más que tres momentos en este largo batallar que es la vida, metáfora genuina del poema.

Hecha esta aclaratoria así de entrada me puedo permitir cualquier licencia, hasta de contradecirme sin quererlo, porque no solo la palabra escrita es la que vale ni lleva primacía —valga decir— sobre la mente, que a veces le da órdenes al cuerpo sin preguntar siquiera si eso le conviene.

Y es el caso que en el mundo interno donde habitualmente a discreción me entrego suelen venirme, como ya les dije, a borbotón angustias, rebeldías y sueños, todo a la vez sin prelación alguna y debo decidir,

porque no es dable ni entendible ni correcto que un joven como yo, faculto y guapo, no sepa discernir y gobernarse y me deje tirar con un cabestro como a un recién nacido becerrito, es decir indefenso, por esas menudencias ya descritas sin ponerle más orden que un vulgar ¡aplica! Sí, es mi batalla final y sin sentido.

Si me dicen esto, digo aquello y no es que sepa que aquello sea mejor que esto, pero ni tan siquiera por mantener mi posición incólume que ni agredido ni empujado he sido y esto lo digo porque al rato me devuelvo pisando sobre mis mismas huellas y más tranquilo me pregunto ¿por qué no aceptar a mi contrario, lo que él dice que sabe, o simplemente le parece o lo intuye, o tan solo admitir que eso es posible dado que de mi lado tampoco hay absoluta certidumbre? Y esto me tiene muy sentido. Campo minado este último palmo de terreno.

Debe ser un gusano que adentro me consume, quiero decir en mi mundo interior —valga la redundancia— que nadie mira, aunque hay vestigios de que mi mundo invisible a todos les es muy evidente, rey desnudo, incluso desde lejos, pero por lo mismo que les dije de esto y de aquello, también me niego a aceptar que eso sea cierto.

Ese gusano come y reconcome, se enrosca, se retuerce y multiplica como todo lo vivo. Ese gusano marca incluso mi impaciencia al intentar escuchar a un ser querido, a sabiendas, es más, que él también tiene otro gusano igualmente invisible que lo alienta y que reina en su insondable mundo tan vasto como el mío, donde no me gobierno.

Todo este encanto —cuando miro adentro— se me trastoca al observar que la vida transcurre tan plácida y benévola al margen y a despecho de todos mis enredos.

¿Cómo fue que aprendí a quererlos a ustedes de este modo y tan grande, cuando aún sigo sintiendo que mi corazón permanece impertérrito en el centro, intocable de olvido, aunque solo sea por fracciones de segundos?

¿Cómo puedo revertir tales sensaciones y enseñanzas y poder percatarme tan siquiera de que, en verdad, mi corazón late es en tu pecho, que su ritmo es suave y contundente y acorde en todo lo demás a todo lo existente en este vasto, infinito universo sin barreras somáticas ni semánticas ni de rituales posturas ni aspavientos?

¿Cómo aprender, cómo aprender si me resisto a ello en esta hora final de esta final batalla? Pero ya basta de estorbos y caprichos, ya basta. ¡Dije ya basta! Sé que perderla es ganarla.

Aunque en verdad, amigos míos, todo—lo que he querido decirles es que este orgullo, si no me mata, muere.

La trampa
(Memorias de la carne)

Ningún animalito del monte cae en ella si la divisa, o la huele siquiera. Sin embargo, nosotros, seres inteligentes, dueños de la razón, maestros en subyugar y rendir a otros seres, más de una vez la buscamos con una demencial obstinación que pareciera ser nuestra condición humana la de vivir en ella. Pero no es cualquier trampa ni cualquiera el que la puso. Es que aun sabiendo lo que digo —sin ser consciente totalmente de ello— la olisqueo y me ahílo así a hurtadillas con el corazón en vilo y las hormonas atolondradas y afiladas hormigueándome por todo el cuerpo y de cuerpo entero me enrumbo así directo a su emboscada. Y nada me detiene. Cierro los ojos y el afán me atrapa.

Lo que no es real, me lo imagino. Lo que no me conviene, lo edulcoro. Quito las trancas, abro las compuertas y que me arrastre la corriente fría hacia el abismo y el placer.

¿Cuántas veces he sido yo el testigo mudo de la insensatez? ¿Cuántas —que ni me acuerdo— las veces que yo mismo me he negado y me he debatido entre estos barrotes invisibles pero férreos, de si ese soy yo realmente, o un intruso usurpador de mi existencia para luego reírse de mi aturdimiento y de mi sueño?

Sin embargo, tampoco soy culpable, o necio, menos loco. A lo sumo inocente. Juro que he cumplido a pie juntillas la encomienda recibida (no sé cuándo, pero

recibida). He seguido al dedillo la instrucción cifrada en uno de los mapas, el que me fue entregado con máximo sigilo (pero que tampoco supe cuándo). Tanto y con tan delicada precisión la he sostenido, que aquel atardecer al escuchar tu voz amada mía, sin mirarte a los ojos sabía que tus ojos estaban clavados en mi alma. Esta vez tampoco falló la trampa con que Dios nos caza.

La no guerra
(Memorias de la carne)

Hasta la avecilla más frágil huidiza y menuda se apresta a la defensa. Se engrincha se esponja chilla y se estremece en una aparente posición de guerra. No huye así tan fácilmente. Ni siquiera el inefable instinto por la vida la domeña.

¿Pero qué puede un piquito así que tan solo hiende a un níspero maduro y unas alitas hechas tan solo para el vuelo?

Ella lo sabe, pero lo ignora. Una fuerza superior la clava en la defensa. Es un mandato de vida que supera la vida y no lo dudo que llegaría a morir peleando así por sus polluelos.

¡Oh! Paradoja infernal. ¡Ojos del cielo que me alumbren!

Mi compañera es la paz. La que no nace de la guerra. Tampoco la precede. Es la paz. La conozco muy bien y me conoce a ciegas. En mis pruritos de inconfesable origen me sonríe y me requiere. Y en mis noches de luceros también vela. Su defensa es el amor. Ni se engrincha ni vuela. Y ante la disyuntiva crucial si así la hubiera ni el inefable instinto la clava en la defensa. Preferiría morir. ¿Cómo no amarla? Es la no guerra.

Así me enamoré de Raimundo (Memorias de la carne)

Así me enamoré yo de Raimundo, para los otros, Rubén y para su tía, no sé. Me agradó que yo le agradara o le cayera en gracia. Por eso ocurrió lo que ocurrió con él. No me sentí nunca engañada ni traicionada por él. Él no me prometió amor solo me dijo que yo le gustaba mucho. Ni felicidad solo me dijo que íbamos a disfrutar mucho de todo lo que teníamos por dentro pero en secreto. A mí él me gustaba y eso era todo. Lo demás era nada. Pero para mi familia él era un mentiroso un aprovechador. Se estaba aprovechando de mí y yo ciega. Así me lo decían que no veía nada que no me daba cuenta que él se estaba aprovechando de mí y todo eso. Pero eso a mí no me importaba. Yo estaba feliz con él. Cuando él estaba yo estaba feliz y él se reía y me contaba cosas. Y yo me divertía con esas cosas que él me contaba que le pasaban. Que le pasaran o no eso no era lo importante. Solo me gustaba que él me las contara y yo me sentía como una niña soñando volando imaginándome esas cosas y por eso lo importante era eso. Y cuando estábamos solos se me acercaba y se me acercaba y yo lo sentía y me tocaba con mucha suavidad las manos y yo volaba de calor por dentro y me miraba lindo y cuando al fin me rozaba la cara con sus dedos yo me rendía. Y eso era lo que me gustaba. Que me dejaba libre. Que nunca había motivos para yo estar disgustada con él. Al contrario hacía todo lo posible para que él estuviera contento y así su voz era un cuento encantado al que no me podía resistir.

Me entregaba feliz. Luego él se iba. Se iba siempre caminando de espaldas como me decían de niña que caminaba el diablo. Y me miraba sonreído me guiñaba el ojo y desaparecía pero se me quedaba adentro esa imagen de él para que esta pieza del mundo que era yo no se oxidara con el tiempo.

Así me estaba hasta que él volvía de sus viajes a contarme cosas interesantes cosas de su vida cuando yo no estaba. Y a mí me gustaban sus fantasías. Él me metía en sus fantasías y a su vez él era para mí una fantasía. Mi fantasía. En la penumbra su voz y sus dedos me estremecían. Qué más necesitaba mi cuerpo sino eso y él era eso mi propia voz mi propio ser mi propio sexo mi propia satisfacción. Lo demás lo tenía yo: mis quehaceres rutinarios. Eso me lo dijo él que yo era una pieza del mundo cotidiano o a lo sumo una máquina autopropulsada de ese tornillo sin fin pero que con él era yo misma el mundo entero íntegramente completa autónoma libre un ser perfecto que si acaso algo pudiera faltarme era ese brevísimo tiempo en que yo lo sostenía con mis alas desnudas para poder volar juntos a la gloria. Pero en algo se equivocó Raimundo/Rubén: yo no lo sostenía lo tenía metido muy adentro de mí. Así me enamoré de Raimundo. Mi familia no lo quería.

Por no hablar claro
(Memorias de la carne)

La pesca siempre comienza en mi casa. Y comienza siempre el día anterior a la salida. A mí me gusta ir a pescar el día sábado. Entonces el viernes entre fría y fría preparo todo mi tren de pesca. Llevo varios anzuelos y varios tipos de nailon. Preparo la red para atrapar las pechas y las migajas de pan maíz hinchado y un poquito de alimentos concentrado para peces. Este es un detalle bien importante porque el olor los llama. Todas las pechas sirven pero a mí me gustan más las grandecitas las que llaman palambras que son blanquitas por la barriga y cuando cabriolean en el agua clarita de los morichales pescan de una vez nuestras miradas. Viéndolas me vienen a la memoria unos versos de Pablo Neruda «... las más lindas chicas / pelo como cascadas en sus hombros / pies como peces o como azucenas». Esas son para mí las mejores y preparo un tobo con agua para echarlas. Así las mantengo vivitas todo el tiempo aunque medio aturdidas por lo estrecho del espacio del tobo. Son las mejores carnadas. Los peces grandes las persiguen voraces. Ese es el otro detalle importante. Yo sé dónde abundan las palambras y les llego el sábado temprano para echarles su desayuno. Las palambras son muy mañosas y apenas uno hace un movimiento en la orilla ellas se espantan como flechitas como rayitos de luces y se pierden. Ahí comienza nuestro juego. Les echo primero un poquito de

alimento concentrado para que el olor las distraiga y las lleve al punto donde quiero. Ahí hago los amagos con la red y me divierto con las espantadas de ellas. Vuelvo a echarles alimento y repito los amagos y así hasta que ellas se acostumbran y dejan de espantarse. Luego les tiro las miguitas de pan y los granos hinchados para que suenen en el agua y también se acostumbren al sonido. Así no se extrañarán cuando los plomitos de la red caigan en el agua sobre ellas. Mientras tanto amago y amago hasta que suelto la red y las atrapo. Eso lo repito hasta pescar unas cincuenta palambritas gorditas y bonitas. Las más grandes las reservo para las piezas grandes. Todo esto uno lo ve desde la casa mientras prepara las artes de la pesca y sabe a qué sitio del río ir después de tener las camadas en el tobo. Yo conozco el río como la palma de mi mano. Sé por dónde metérmele a esos maramarales. En uno de esos maramarales por no conocerlos fue donde se malogró Gustavito. Bueno él se malogró porque no pudo seguir caminando. Enredado como quedó y medio borracho como andaba allí se achantó. Allí lo consiguieron medio comido por las fieras. Yo no quise ir con ellos con los que salieron a buscarlo porque yo sabía que si no había aparecido en la tarde ya para ese otro día debía de estar muerto. Ese muerto me lo quisieron achacar a mí porque no hallaban a un culpable en quien depositar su remordimiento. Y hasta tendrían razón porque yo que conozco todos esos andurriales no lo quise acompañar. Y no lo quise acompañar porque para mí la pesca es un arte. Es un arte que comienza en la casa un día antes y termina en la casa un día después cuando uno viene cargado con unas dos o tres piezas grandes y otras un poco más pequeñas. Dígame cuando uno

pesca un rayao o un bagre sapo o una curvina. La última curvina que pesqué es la más grande que se haya visto en el pueblo. Nadie podía creer que hubiera una bicha así en ese rebalse caramerú. Eso fue el sábado antes de que Gustavito se enarbolara para ir a pescar. Y yo sé que él se entusiasmó fue por esa curvina porque me preguntó dónde la había pescado. Yo se lo dije pero lo que no le dije fue cómo entrarle a ese punto. Y si se iba por donde se fue segurito que no iba a llegar. Eso fue lo que pasó. De ñapa por esos lados es por donde han visto al cunaguaro. Dicen que es un tigre pero yo que lo he visto sé que es un cunaguaro grande. Y peligroso que es el bicho. La otra vez andando yo con Chocolate, mi perro cazador, le eché una atacada y me embistió el animal no le tiene miedo a hombre. «Perro le late al tigre pero le late llorao» dice un refrán llanero pero Chocolate no le late llorao ese va es para dentro y lo arrincona. Esa vez Chocolate levantó al cunaguaro justamente por donde se metió Gustavito. Y eso fue lo que más indignó a la gente del pueblo que yo no le dijera a Gustavito todas estas cosas. Pero con el solo hecho de yo no ir era ya suficiente para saber que ese no era buen día para ir a pescar. No era como dicen que yo le tenía bronca a Gustavito por el caso de Mireya. No nada que ver. Por supuesto que a mí me disgustó mucho eso pero no por eso se lo iba yo a echar al cunaguaro. Y fue el cunaguaro porque ahí quedó la marca por donde lo arrastró y lo dejó tapado en un mogote cerca del mogote donde se quedó atascado Gustavito. Ahí estaba clarito hasta donde llegó Gustavito. Ahí quedó su gorra de los YN y el litro. Y luego el tallao por donde lo arrastró la fiera hasta el mogote donde le comió lo que le comió y lo demás lo dejó allí tapado. Claro si yo hubiera ido con

Gustavito no nos hubiéramos metido por ahí. Eso lo sé de sobras pero de allí a conjeturar que soy el culpable por lo de Mireya es una exageración. Ahora Mireya no me quiere hablar porque cree eso. Yo me pregunto ¿y por qué le duele tanto y cree que soy el culpable? A lo mejor es un pretexto para poder alejarse de mí que ni razón tiene. Dicen que anda de muerte. Que no se puede quitar de la mente a Gustavito que hasta en sueños se le presenta y le pone la cara así cerquita de la suya que hasta la respiración le siente y eso me lo vienen a decir a mí. No eso no es justo. Ese muerto no es mío sino de la inconsciencia porque además él mismo me dijo: ya vas a ver que yo saco una curvina más grande que la tuya. Y eso me lo dijo ya saliendo a pescar que además no fue que me convidó como dicen por ahí porque lo único que me preguntó fue que por dónde era la cosa. Del paso del aceite le respondí tú vadeas el río por Los Chigüires y de ahí como a media hora más adelante le vuelves a caer al río por el paso de la Balsa. Ahora yo sé que los peces no están amarrados en un sitio esperando a que uno vaya a pescarlos. Eso es como ya dije un arte. Mireya no me quiere ni ver. Menos que me le acerque. Por eso mucha gente del pueblo piensa lo mismo. Hasta será mejor que me mude de aquí. A Gustavo le gustó Mireya aun sabiendo que Mireya estaba saliendo conmigo y también se enamoró de mi curvina. ¡Qué antojoso es uno en esta vida! Pero de habérmelo dicho más claramente yo también le hubiera dicho a él: quédate con Mireya y toma mi curvina. Si me hubiera hablado más claro aquí estuviera vivo con nosotros y yo no sintiera el repudio de mi gente que es lo que más me duele por cosas que yo no sé por qué tienen que ocurrir. Y todo por no hablar claro.

Índice

PRESENTACIÓN

Presentación. Sobre la carne y sus memorias **11**
Gustavo Pereira

La fábula de la alondra **13**

El Dr. Verísimo Mérida **15**
(La mente de un suicida)

La sandalia en el bambú **57**

Los hijos del cuento **67**

Tres rosas **71**

La ronda de las hermanas **77**

El buen hijo **81**

En honor a Los Diablos y a San Juan **85**

La muerte del orgullo
(Un cuento sentido sin sentido) **87**

La trampa
(Memorias de la carne) **91**

La no guerra
(Memorias de la carne) **93**

Así me enamoré de Raimundo
(Memorias de la carne) **95**

Por no hablar claro
(Memorias de la carne) **97**

Memorias de la carne
se imprimió en el mes de octubre de 2026
en la Organización Gráficas Capriles
Caracas, Dtto. Capital, Venezuela
son 300 ejemplares

I BIENAL NACIONAL DE LITERATURA
FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ
NARRATIVA - 2011



LIMBER SALAZAR

MEMORIAS DE LA CARNE

¿Dónde termina la realidad y dónde comienza el delirio? En este volumen de relatos, Limber Salazar nos invita a cruzar una frontera difusa donde la memoria personal se confunde con la ficción más perturbadora. Desde pueblos hostiles que resguardan herencias malignas en bucles interminables, hasta los pasillos de sanatorios donde la cordura se manipula con fría precisión quirúrgica, estas historias atrapan al lector desde sus primeras líneas.Con un manejo magistral de la tensión psicológica, la fluidez oral y destellos de humor negro, Salazar examina la fragilidad humana y convierte el trauma, el arraigo y la pérdida en literatura. Este libro es un viaje que estremece, confronta y se rebela con serenidad contra el olvido.

LIMBER SALAZAR

Nació en San Diego de Cabrutica, Anzoátegui, el 24 de marzo de 1940. Es ingeniero agrónomo egresado de la Universidad de la Amistad Patricio Lumumba en la URSS, con posgrado en la Universidad de California en EE. UU. y un doctorado en Ciencias para el Desarrollo Estratégico del País en la Universidad Bolivariana de Venezuela. Docente, investigador y activista en la agroindustria sustentable, además de poeta, narrador y cronista. Entre sus poemarios destacan *Entre amigos*, *Coplas y cantos*; *De tránsito* y *El regreso*.

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

ISBN: 978-980-012-631-8

Ministerio del Poder Popular para la CULTURA
REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

www.mincultura.gob.ve | @mincultura_ve